

CORRESPONDENCIA

TIBET (Asia Central)

Necesidades de la Misión

El Ilmo. Biet, de las Misiones Extranjeras, vicario apostólico del Tibet, nos escribe pidiendo la cooperación de las almas generosas para que sea cada vez mayor el número de conversiones en aquel lejano país.

ME tomo la libertad de enviaros la carta que acabo de recibir del Rdo. Hervagault, uno de los misioneros del Tibet Sud ó Tibet de los Himalayas. Después de la conquista de Sikkim, el Gobierno inglés ha cedido á la Misión católica de Tibet una montaña cubierta de bosque, que cuando esté desbrozada se transformará en un pueblo católico. Mas de cincuenta neófitos se dedican ya á cortar árboles y maleza y á preparar el terreno para la agricultura; pero, según su costumbre, los ministros protestantes, que han venido después de la conquista inglesa, hacen terrible competencia á la Misión católica con el dinero de que disponen. Agobiado también yo en el Tibet Este por una terrible persecución que dura hace cinco años; precisado á sostener á nuestros cristianos que sufren las consecuencias del saqueo y del destierro por la fe, y teniendo que reconstruir, sin esperanza de indemnización, nuestras casas é iglesias incendiadas, no puedo socorrer á mis compañeros del Sud como fuera mi deseo; y así os suplico publiquéis en el Boletín *Las Misiones Católicas* la siguiente carta del P. Hervagault, misionero apostólico:

María-Basti, Noviembre de 1892.

«Os escribo con el corazón lacerado y llorando á lágrima viva. Quince nuevos adoradores nos han abandonado hace tres semanas por la única razón de que nos era imposible socorrerles. Se fueron con los protes-

Año I.—N.º 8

tantes, de donde volvieron á los pocos días pidiéndome que les ayudase.

«—Estamos perfectamente convencidos, decían, de que la Religión católica es la única verdadera; pero por habernos hecho cristianos nos vemos rechazados en todas partes, y no nos queda otro refugio que los protestantes, si vos no acudís en nuestro auxilio.

«Antes de contestarles que no me era posible, he llorado no poco al pie del crucifijo; pero al fin no hubo otro remedio, ¡y se marcharon! ¿Volverán? Sí, el mismo día en que se les prometa hacer en su favor la cuarta parte de lo que hacen los protestantes. En vista de semejante necesidad, y para que no se pierdan las almas dispuestas á entrar en el seno de la Iglesia, os suplico

que me enviéis todo el dinero que me legaron mis padres: éste es el momento oportuno de utilizarlo.

«No podéis figuraros cuán triste es nuestra situación al lado de los herejes, que prodigan el oro á manos llenas. Los pobres indígenas que se declaran cristianos necesitan sobrehumana energía para resistir á las solicitudes y promesas de los protestantes. Mientras tenga un sueldo lo partiré con los que permanecen fieles, hasta que el desmonte les permita vivir del fruto de su trabajo. Si os es absolutamente imposible mandarnos alguna cantidad, nos resignaremos, si bien mi corazón estará desconsolado por no serme posi-

ble trabajar más eficazmente, como deseara para que Nuestro Señor Jesucristo sea conocido y amado.»

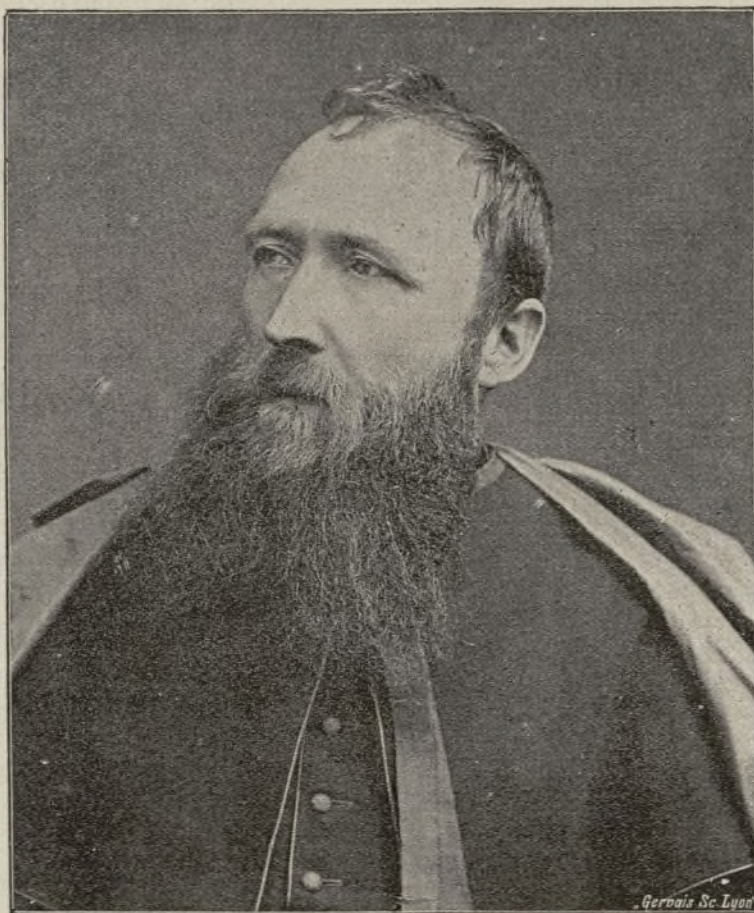
ARGEL

El hambre en Chelif

Extrema es la miseria á que el hambre reduce actualmente á infelices poblaciones de Argel. El Rdo. P. Voillard, provincial de Chelif y Kabília, escribía en Febrero último:

EL hambre con todos sus horrores se ensaña en la cuenca del Chelif. A causa de una pertinaz sequía se ha perdido completamente la cosecha de cebada, y los pobres indígenas bajan hambrientos á la lla-

15 Abril 1893



Ilmo. JUAN BAUTISTA FALLIZE, vicario apostólico de Noruega

(Pág. 186)

nura á buscar un pedazo de pan ó un poco de hierba. Por el camino se nutren de raíces, y al llegar á los centros europeos se sientan en la calle extenuados de fatiga y necesidad. A cada momentocaen algunos, acabando entre atroces sufrimientos su miserable existencia, y murmurando con tristeza, pero sin amargura ni cólera, la palabra de su fatalismo: *Mektub!* (¡Estaba escrito!)

Familias enteras disputan á los perros los huesos medio roídos, y devoran las cortezas de naranja y mondaduras de patata que hallan en los estercoleros. A unos pobrecitos niños su madre les frotaba fuertemente el rostro con hierbas venenosas para provocar erupciones ó llagas horribles que obligase á recibirlos en los hospitales.

Una huérfana de diez años, habiendo oído decir que en un pueblo lejano daban comida y albergue á los niños, púsose en camino guiada solamente por las indicaciones de los transeúntes. Recibiónla nuestras Religiosas, y al preguntarle el nombre de su tribu, supieron asombradas que no era conocido en diez leguas á la redonda. El relato de estas escenas dolorosas sería interminable, pues cada una de las ciento setenta y cuatro niñas que hemos acogido tiene una historia de este género.

Y sin embargo, el azote irá en aumento, á causa de que escasean cada vez más las provisiones. No cabe duda que la caridad católica hará que pueda darse siquiera un padecito de pan negro á estos infelices, para que no mueran de hambre.

Nos hemos visto ya precisados á comprar semillas y suministrar pan á nuestras dos aldeas de árabes cristianos, acogidos durante el hambre de 1867 y establecidos en el centro de esta llanura desolada. También hemos establecido dos huerfanatos para niños desamparados, y talleres donde los adultos puedan ganarse el sustento. El hospital de Santa Isabel rebosa de mujeres y niños.

El mismo P. Voillard escribe posteriormente dando nuevos detalles acerca el azote que aflige á aquellas comarcas.

Empecemos, dice, por consignar la dolorosa estadística de las víctimas del hambre. De los datos que me han remitido los Padres del huerfanato de Nuestra Señora de la Piedad, en San Cipriano, y las Hermanas del hospital de Santa Isabel en el mismo punto, y las del huerfanato de niñas de San Carlos, resulta que tenemos al presente: 118 niños menores de doce años en buena salud; 24 enfermos; 83 huérfanas de la misma edad válidas; 50 enfermas; y 60 mujeres viudas ó desamparadas.

En los talleres de caridad abiertos para los adultos, unos cincuenta, más ó menos válidos, trabajan para ganarse el sustento y el de su familia. Igual número de infelices que no pueden trabajar reciben cada día la limosna de dos galletas. En un mes han sucumbido doce niños á consecuencia de las privaciones que experimentaron antes de que los recibiésemos.

Los niños válidos están acogidos en el huerfanato de Nuestra Señora de la Piedad, en el teatro mismo del azote. Una vasta pieza sirve á la vez de dormitorio, de refectorio y de clase. Para comprender cómo un mis-

mo local puede servir para tan diversos usos, es preciso estar al corriente de las costumbres de los indígenas, y saber que por razón de economía, impuesta por las circunstancias, y para no crear á nuestros pupilos necesidades nuevas, que más adelante quizá no pudieran satisfacer, hemos resuelto mantenerlos en sus hábitos de vida dura y sencilla, propia de los árabes. Su cama se compone únicamente de una estera y un cobertor.

Por la mañana á las seis, á la voz del Padre que da la señal con estas palabras: *Linubarik Allah!* (¡Bendigamos al Señor!) los niños se levantan contestando: *Hamdoix Allah!* (¡Gracias al Señor!) levantan la estera y el cobertor, los sacan afuera para sacudirlos y desembarazarlos de huéspedes importunos, y luego los colocan en su lugar. Al cabo de una hora ningún visitante, al pasar por el salón vacío, barrido y oreado, sospecharía que momentos antes sesenta chicuelos dormían allí profundamente.

Así, nada más fácil que á la hora de comer instalar un refectorio. Colócanse á trechos, sobre una estera, ocho ó diez *guessas*, especie de platos de madera y de grandes proporciones, muy comunes entre los árabes. Doce niños, cada uno con su cuchara, siéntanse en el suelo al rededor del plato, y en breves momentos dan buena cuenta de su contenido.

Quítanse las *guessas*, y el dormitorio deja de ser refectorio para convertirse en sala de escuela. El mobiliario escolar es de lo más sencillo: bancos, mesas, cuadros, libros, cuadernos, pupitre para el maestro, son allí desconocidos, ni se ve nada de todo esto. Dada la señal, acuden ciento veinte escolares, que se sientan en cuclillas junto á las paredes (postura siempre muy grata á los árabes), y abriendo sus grandes ojos escuchan la lección del Padre. Este, férula en mano, y preocupándose muy poco de los programas y métodos universitarios, expone en lenguaje sencillo á aquellos pobres muchachos los primeros elementos de la Religión y de la moral.

El huerfanato de San Cipriano ha recibido el nombre de Nuestra Señora de la Piedad. ¿No es á María, en efecto, á quien convenía confiar esos tiernos seres, la mayor parte de los cuales no tienen madre?

Parte el alma ver en qué estado y de qué manera nos llegan estos niños. En el rostro y en todos sus miembros llevan impresas las señales del sufrimiento. Su cuerpo está enflaquecido, y sus brazos descarnados: flaquean las piernas, y apenas pueden sostenerse: su tez lívida, su mirada sin brillo, su fisonomía casi salvaje, todo su exterior, en una palabra, revelan las atroces torturas que han sufrido. Esto explica el que tengamos constantemente de sesenta á ochenta enfermos. Doce han sucumbido al exceso de sus privaciones, sin que pudieran salvarlos los maternales desvelos de las excelentes Hermanas Blancas del hospital. Por lo menos no mueren sin haber recibido el billete de entrada para el cielo.

Tocante á la manera con que nos los envía la Providencia, nada es más variado, triste y conmovedor. Hoy

en el umbral de la puerta la superiora del hospital encuentra por la mañana una criaturita tiritando de frío. Ayer á orillas del Chelif las Hermanas recogieron una niña, mojada aún, como si la hubieran echado al agua. A veces un transeúnte encuentra al cerrar la noche cuatro ó cinco niños abrazados y llorando. Al interrogarlos, contesta el mayor:

—Mi padre nos ha dejado aquí esta mañana, diciéndonos que le aguardásemos, que pronto volvería con pan; pero no le hemos visto más: ¡tengo hambre! ¡mis hermanos tienen hambre!...

Os he hablado únicamente de los muchachos, y debiera haberos dicho algo de nuestras ciento treinta huérfanas de San Carlos, de las cuales cincuenta están enfermas; de nuestros enfermos del hospital, de las viudas, etc.; pero con lo expuesto basta para que se comprenda el cúmulo de necesidades que nos agobian. Los periódicos locales publican detalles desgarradores, y anuncian que en Argel se organizan fiestas para acudir al alivio de estos infortunados. Páreceme que se necesita cierto valor para bailar en semejantes circunstancias, aunque sea con el fin de socorrer á los hambrientos. No es así como deben dar los cristianos. A los padres y madres que lo sean de veras les diré: «Son padres, son tiernas madres como vosotros, que ven sus hijos reducidos al último extremo. ¡Oh! ¡poneos en su lugar, y haced por ellos y sus hijos lo que quisierais se hiciera por vosotros y los vuestros!»

FERNANDO POO

Miseria de los indígenas.—Caridad de los españoles

El Rmo. P. Armengol Coll, C. M. F., prefecto de las Misiones de Fernando Poo, escribe á uno de los bienhechores de Barcelona:

POR carta del Rdo. P. Homs, que tengo á la vista, he sabido que debemos á la caridad de V. la preciosa casulla que acabamos de recibir en estas lejanas tierras. No puede V. figurarse el consuelo que nos proporcionan las personas piadosas de nuestra querida España con la poderosa ayuda que nos prestan para llevar á cabo la Misión que el Señor nos ha confiado.

Estos pobres indígenas, más impresionables por lo que ven que por lo que oyen, se forman una idea de Dios tanto más elevada cuanto son más preciosos los objetos con que se le honra. Sin duda alguna tendrán Vds. mucha parte en la conversión de estas pobres gentes.

Difícil sería dar á V. una idea del estado degradante en que se halla la mayor parte de estos infelices. Hace unos doce días, por no ir más lejos, que hice una visita á Moka, el principal de los reyes de esta isla. Quedaría V. sorprendido si viese su ciudad, su palacio, su trono y los personajes que forman su corte. Imagínese V. cincuenta casas amontonadas, sin más distancia de una á otra, por término medio, que un metro y medio de callejón. No se busquen allí hermosos balcones, ni murallas de cantería. Una serie de palos toscos y viejos, unidos entre sí con cuerdas de bosque, forman

las paredes, que no miden de altura más que un metro y cuarenta centímetros.

El palacio del Rey no es de otra forma que la de las demás casas; sus paredes, de palo; su tejado, de hojas de bambú; sus sillas, sofás, etc., se reducen á algunos pilones gruesos, de forma cilíndrica, de un pie de altos. Su cama, una tabla ancha y larga sin ningún adorno. Preguntamos á un niño de la Misión, que había sido su paje, dónde lavaba los platos cuando servía al Rey, y nos contestó que en ninguna parte, porque... no los tiene.

¿Qué le diré ahora de su trono? Figúrese un semicírculo de troncos delgados y viejos, plantados en tierra y atados entre sí también con cuerdas de bosque. En lugar de gradas, palos atravesados á guisa de escalera. En el más elevado, aunque no tenga forma de silla, se sienta nuestro *monarca* cuando quiere dirigir sus peroratas al pueblo. Su corte, de ordinario, la forman una serie de mujeres, sin otro vestido que el de Eva en el paraíso, y dos ó tres criados vestidos igualmente, los cuales le sirven para llevar recados á los reyezuelos ó *muchucos* inferiores.

Lo que traspasa el alma es la multitud de objetos supersticiosos que se encuentran á cada paso, dentro y fuera de sus casas. Conchas de grandes caracoles, cabezas de antilope y de cabra silvestre, ciertas hierbas y raíces de árboles son para ellos objetos con que honran al demonio, á quien sirven sin amarle.

Las Religiosas de la Inmaculada Concepción escriben desde Corisco á una señora bienhechora la siguiente carta, á la que se da publicidad, ya por el interés que tiene en sí, ya para que sirva de estímulo á las personas piadosas á fin de que se dignen favorecer con sus limosnas á los beneméritos Religiosos y Religiosas que conquistan almas para el cielo en aquellas lejanas tierras:

Con mucha satisfacción tomo la pluma para dirigirme á V. dándole las más expresivas gracias por el vestido blanco y corona que se sirvió enviar. Llegó muy bien, siendo recibido con gran contento de todas las niñas.

Todavía no ha servido, pero aguardamos la ocasión por el fin que V. desea. A últimos del año pasado fueron bautizadas algunas niñas cuando todavía no se había recibido el vestido que V. mandó, pero ahora preparamos la niña para la cual servirá y á la que, Dios mediante, se le impondrán los nombres que V. desea, de María, Josefa y Antonia. Tenemos el gusto de notificarle que algunas niñas hicieron su primera Comunión preparándose con algunos días de Santos Ejercicios que les dió el reverendísimo Padre Prefecto.

Creo que á V. y todos los demás bienhechores que tanto empeño tienen para vestir estas criaturas, les gustaría ver la alegría que experimentan cuando se les enseñan los vestidos y demás cosas venidas de España. Si les fuese posible verlo no hay duda se les aumentarían á Vds. sus buenos deseos de continuar sus limosnas que tanto les agradecemos. Sepa también que tenemos ya en el Colegio veintiocho niñas que al poco tiempo de estar en él entienden el español y saben leer, escribir, coser, hacer ganchito y marcar, á lo cual son muy aficionadas. Da gusto ver la docilidad con que asis-

ten al Colegio y la facilidad con que aprenden todo lo que se les enseña. Nosotras por nuestra parte les inculcamos lo mucho que deben ser agradecidas á las señoras de España por el mucho bien que les hacen, de modo que todos los días les hacemos elevar sus inocentes voces al cielo para que el Señor les recompense á Vds. sus limosnas que tanto les agradecemos.

ALASKA (América Septentrional)

Visita á las islas de las focas.—Vuelta á San Francisco de California.—Nuevos misioneros.—Viaje de los Padres en el centro de Alaska.

(Continuación) (1).

EL vaporcito *Dora*, que me había de trasladar á San Francisco, se detuvo algunos días en Unalaska; y así determiné visitar las islas de San Pablo y San Jorge (islas de Pribyloff) sitas doscientos cincuenta kilómetros al Norte de Unalaska, en el mar de Bering, célebres por la pesca de las focas.

La isla de San Pablo tiene cuatro millas de ancho por tres de largo, y hacia el Norte la playa hállase cubierta de peñas. Allí toman el sol las focas machos más viejas, llamadas *bulls*. El sitio es muy peligroso, á causa de que estos *bulls* son tan feroces, que ni las focas pequeñas se atreven á frecuentarlo. En la playa del Sur, más llana, crían su prole las focas madres, que son mansas, de suerte que, con algún cuidado, se puede pasar cerca de ellas sin peligro.

El día que llegué á la isla me dijeron que á la sazón se hallaban en la playa casi cincuenta mil focas, y desde la mañana hasta las cuatro de la tarde fueron muertas diez mil. Sólo se matan las de dos ó tres años, estando prohibido coger las hembras.

La Compañía comercial convino con el Gobierno que sólo mataría cien mil focas al año, pagando diez pesetas al Estado por cada piel, y otras diez á los quinteros. Cuando las pieles están curtidas llegan á valer de cuatrocientas á seiscientas pesetas.

La isla de San Pablo durante los dos meses de pesca tiene hasta doscientos habitantes. La de San Jorge es más pequeña, y menos frecuentada por las focas.

Después de haber visitado otra isla, formada por dos volcanes que surgieron del mar hace pocos años, de los cuales uno está todavía en erupción, volvimos á Unalaska, emporio principal de la citada Compañía, con un almacén y cincuenta ó más casas de salvajes, un templo ruso y un ministro. En estos últimos años se estableció también allí un ministro protestante con su mujer, abriendo una escuela, á la que concurren veinte niños.

El 6 de Julio zarpamos para San Francisco, donde llegamos el 18. Escribí al P. Cataldo, superior de la Misión de las montañas Berroqueñas, que se trasladase á Portland, por donde debía pasar al dirigirme á Victoria. En efecto, vino con el P. Canestrelli. Contéles cuanto había acaecido, é insistí en la necesidad de sostener la Misión de Alaska, por el gran fruto que se

haría entre aquellos indios. Determinóse, pues, conservar aquella Misión, y pedir el debido permiso al muy reverendo Padre General. Fueron llamados por telégrafo el P. Ragaron y el Hermano Napolitano, Carmelo Giordano, ambos adscritos á nuestra Misión de las montañas Berroqueñas, y á los diez días se juntaron con nosotros en Victoria, dispuestos para el viaje.

Allí encontramos al vicario general de la diócesis, Ilmo. Jounkau, que ardía también en deseos de convertir á Alaska: prometíonos no solamente mantener de todas maneras aquella Misión, sino también que escribiría á los Superiores para que fuese confiada á la Compañía de Jesús, y además que nos proveería de todo lo necesario. Exhortónos á abrir escuelas, seguro de que obtendrían subsidios del Gobierno, y nos dió esperanzas de que enviaría Hermanas para la educación de las niñas.

Siendo imposible dirigirnos á San Miguel, por falta de medios de transporte, nos vimos en la necesidad de seguir el mismo derrotero del año anterior. La tarde del 8 de Agosto de 1889 nos embarcamos en el steamer de los excursionistas, y después de cuatro días de viaje saltamos en tierra cerca de Chilkut.

Aquí celebramos la fiesta de la Asunción, y al día siguiente nos pusimos en camino hacia la montaña, con unos quince indios. Narrar todas las peripecias del viaje excedería los límites de una memoria: sin embargo, daremos algunas noticias para que se pueda formar idea del país, y de las enormes dificultades con que tenemos que luchar en nuestros viajes de verano.

El primer día fueros forzosos seguir el álveo del río, caminando entre malezas ó por la arena. El tercero pasamos una nevera de seiscientos pies, con inminente riesgo de despeñarnos. Siguiendo el riachuelo que da origen al Yukon, á las dos de la tarde llegamos al lago Lindmann, donde los indios de Chilkut recibieron su sueldo y se volvieron.

Pasamos aquel primer lago en una canoa y llegamos al de Bennet. Habíamos llevado con nosotros desde Victoria, un barquichuelo de tela impermeable, y tratamos de cubrirlo con maderas, lo que nos llevó dos días de trabajo. El domingo 21 de Agosto, celebrada la Santa Misa, á las nueve de la mañana nos embarcamos. El viento era favorable, y la vela nos servía admirablemente, de manera que á las cuatro de la tarde llegamos á otro lago, Taku, donde hicimos alto.

El 26 llegamos al Miles Cannon, estrecho peligroso, de una milla de largo, cuya corriente es tan rápida, en medio de aquellas peñas, que una barca lo pasa en minuto y medio. Por fortuna dimos con dos mineros, que de buena gana nos dirigieron el barquichuelo. Pero aun quedaba otro paso, el *White horse Cannon*, insuperable por completo á las barcas. Tuvimos, pues, que hacer el camino á pie entre peñascos, llevando en hombros no sólo el bagaje, sino también el barco. El día siguiente, que era domingo, descansamos; tanto más, que aquel sitio era muy delicioso y nos ofrecía gran cantidad de frutos silvestres.

No muy lejos de este lugar el río es hermosísimo, y por espacio de cincuenta millas lleno de islitas cubier-

(1) V. núm. anterior, págs. 150-152.

tas de árboles y arbustos. En todas aquellas riberas hállanse tribus nómadas de salvajes, que pertenecen, á lo que parece, á la nación de los Elinkets, llamados por los canadienses *Strick indians*, ó gente del bosque. Viven de la caza de osos, dantas y gamos. No tienen idea alguna de religión, aunque sí algunas supersticiones, y son de buenas costumbres. Los niños acompañan á sus padres, quienes los crían con mucho esmero; las niñas están siempre con sus madres, y por falta de cuidado muchas perecen.

Pasada esta región, nos hallamos en otra no menos deliciosa: la del lago La Berge, de cuarenta y cinco millas de largo y cinco ó seis de ancho, todo lleno de verdes islotes, con bosquecillos de pinos y gigantescos *birch*.

Vimos después tres aldeas de indígenas, de cien habitantes cada una: aquella región del lago sirve de estación invernal á las tribus nómadas, como se echa de ver en el maderaje usado para construir las casas.

Los salvajes nómadas no construyen sus moradas debajo de tierra, como en las regiones más septentrionales, sino que levantan chocillas, cubiertas de pieles de dantas, anchas por debajo, y rematadas en punta con una abertura para que salga el humo. Durante el verano van de una á otra parte, navegando por el río, con canoas, ó viajan á pie, acompañados de sus perros, que les traen el bagaje y las provisiones, encerradas en bolsas de piel. En invierno, como allí la nieve es fina y helada, no usan trineos, sino los toboganes, que tienen tres

metros de largo y algo más de medio de anchura, y la parte delantera encorvada: toda la madera está cubierta con una piel dura y sin curtir. Los arrastran cinco ó seis perros. Hablan un dialecto propio, fácil de aprender y pronunciar: no tiene guturales ni nasales, y su alfabeto sólo consta de dieciséis letras.

Después del lago La-Berge y el río Lerris, rapidísimo y lleno de remolinos, llegamos al Salmón-River.

Llámanse así por la gran multitud de salmones que en él se encuentran. Este animal, al acercarse su fin, sale del mar y sube río adentro centenares de millas, hasta que muere, y es arrojado por las aguas en la ribera. En algunos puntos toda ella está llena de salmones podridos, alimento principal de los osos.

Desde el Salmón-River hasta el río Pelly, la corriente se ensancha cosa de media milla, con multitud de islas que forman como un laberinto, del que muchas veces no se sabe cómo salir. Sumamente peligroso fué el paso de *five fingers*, ó de los cinco dedos, así llamados por los cinco canales encerrados dentro de enormes peñascos

que se levantan quince ó más metros sobre el agua. La velocidad de la corriente es de seis ó siete millas por hora, y después todas esas aguas confluyen y se reúnen con grande ímpetu en una pendiente del río, de tal manera que éste es sumamente rápido y peligroso.

El río Pelly, afluente del Yukón, es muy ancho y arranca de las montañas Berroqueñas. Sus dos riberas son frecuentadas por los mismos salvajes de la tribu



TÚNEZ.— Mujer del campo y mujer de la ciudad. (Pág. 180)

del lago La Berge, que hablan casi el mismo dialecto. Hace años que eran muy numerosos, pero una especie de trancazo los redujo á la mitad: quizás ésta sea la causa del gran número de sepulcros, que con harto estupor notamos á cada paso en aquel país. Como quiera que en esta región se hallan minas de oro, nos encontramos allí con algunos mineros, un mercader que les proveía y un ministro protestante inglés.

Ya no quedaba más que un pequeño trecho hasta la confluencia del río Sterrart, en donde el año pasado había pasado el invierno. Llegamos allí el 5 de Septiembre, y nos cobijamos en la misma casita, fabricada en otro tiempo por nosotros mismos.

Nos reparamos un poco aquella noche, y la mañana siguiente emprendimos la marcha muy tempranito para *Forty-Miles creek*, otro punto de mucha importancia para los mineros. Encontramos algunos que habían salido de allí á hacer sus provisiones para el invierno; quienes juntamente con los mercaderes M. Questión y Harpes, nos recibieron con mucho agasajo.

En los dos días que nos detuvimos en Forty-Miles, todos aquellos salvajes nos visitaron, suplicándonos con el mayor ahínco que no los desamparásemos, y hasta pusieron por intercesor un mercader de pieles. Tengo para mí que aquellos buenos indios deseaban ardientemente esta gracia; los conocía casi á todos, y en aquel tiempo aun no estaban corrompidos por los mineros y los ministros protestantes, que son las dos pestes de Alaska. Pero entonces no me fué posible condescender con sus ruegos, ni tampoco prometerles cosa alguna.

El día 9 de Septiembre seguimos el viaje por el río Yukon, ancho ya y espacioso, y después de cuarenta millas nos paramos en Tatotlikdu, aldea de indios. También aquí, ya el año pasado, habíame ofrecido una casa el mercader de pieles Sr. Mercier, canadiense, y todos los salvajes reunidos nos rogaban que nos quedásemos y ofrecían sus hijuelos para que los instruyésemos. Pero no pudimos aceptar.

Tatotlikdu dista de Fort-Yukon trescientas cincuenta millas, encontrándose en el camino una sola aldea, llamada Campo di Charli. Fort-Yukon, en otro tiempo uno de los principales mercados para los traficantes en pieles, y ahora completamente abandonado, está situado en la confluencia del Porkupine con el Yukon, en el círculo polar, en la parte más septentrional de este río. Los indios de Charly y de Fort-Yukon parecen oriundos del Makenzie, y bajados allí, siguiendo el Porkupine. Hablan una lengua del todo diferente de los demás, y son protestantes.

Entre Fort-Yukon y Nuklukayet no hay más que una población de cierta importancia, Ramperthouse; los indios de ella pertenecen ya á las tribus del Mediodía, y hablan la lengua de Nuklukayet y de Nulato. Tienen con todo comercio con los del Norte, donde, según ellos dicen, hallanse muchas aldeas y muy pobladas. Aquí los ministros protestantes no han podido recoger fruto alguno con sus libros, y los indígenas nos esperan con los brazos abiertos.

El 25 de Septiembre llegamos finalmente sanos y salvos á Nuklukayet, que podía decirse el término y meta de nuestro viaje, y en donde ya nos aguardaba el P. Rabout, venido de San Miguel.

ESTADO ACTUAL DE LAS MISIONES FRANCISCANAS

El Eco Franciscano, que publican los Padres Franciscanos del Colegio de Santiago, en su número de 15 de Marzo último da los siguientes interesantísimos datos:

La Orden Franciscana es esencialmente misionera. Desde que San Francisco recibió orden del Cielo de consagrarse á sí mismo y á sus hijos á la salvación de las almas, millares de Franciscanos han recorrido continuamente los países salvajes de Europa, Africa, Asia, América y Oceanía, esparciendo por todas partes la semilla del Evangelio y conquistando innumerables almas para Jesucristo. Aun hoy, á pesar de la opresión en que viven las Ordenes religiosas en los países civilizados, opresión que impide casi por completo la creación de nuevos misioneros, cuenta nuestra Orden muchos miles de hijos suyos consagrados al ministerio apostólico entre los infieles. La siguiente reseña demuestra elocuentemente la prodigiosa fecundidad actual de la pobre Familia Seráfica, y nos da una idea de lo que habrá sido en los siglos anteriores con relación á las Misiones extranjeras.

MISIONES DE LOS MENORES OBSERVANTES.—*Colegios preparatorios.*—Además de varios Colegios que tiene la Orden en los países infieles con objeto de preparar los jóvenes Religiosos para las Misiones posee en Europa con el mismo fin los siguientes: el internacional de Roma; los de Pastrana, Consuegra, Puebla de Montalbán, Almagro, Arenas de San Pedro, Belmonte, Santiago de Compostela y Chipiona, sin contar los muchísimos conventos de la Orden, existentes en España y fuera de ella, en los que se cursan estudios mayores, y de los que de cuando en cuando salen Religiosos para las Misiones extranjeras.

Provincias misioneras.—Llamamos así á ciertas Provincias de nuestra Orden existentes en tierras de infieles, cismáticos, turcos ó protestantes, y consagradas completamente á la conversión de los mismos. Son las siguientes: En Europa: las de Bosnia, Herzegovina, Polonia Menor, Polonia Mayor (2 Provincias en cada una), Lituania, Rusia, Inglaterra, Irlanda y Holanda. En América Meridional: las del Río de la Plata, de la Santísima Trinidad de Chile, de los Doce Apóstoles del Perú, de San Antonio de las Charcas y de San Francisco de Quito. En América Septentrional: las de Jalisco, Michoacán, San Diego, Santo Evangelio, Zacatecas, Sacratísimo Corazón de Jesús, San Juan Bautista y la Custodia de Búfalo. En América Central, las de Santa Fe de Bogotá, y Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala. En Oceanía: la de San Gregorio de Filipinas. En todas estas Provincias hay habitualmente 2,320 Religiosos consagrados al servicio de las Misiones, y regentan además 318 parroquias.

Delegaciones apostólicas.—Están actualmente confiadas á nuestra Orden las de Siria y Egipto, siendo delegados respectivamente el Rmo. P. Fr. Gaudencio Bonfigli, M. O., arzobispo titular de Cabasa, y el reverendísimo P. Fr. Guido Corbelli, M. O., arzobispo titular de Pelusio.

La Custodia de Tierra Santa.—Es esta la Misión principal de toda la Orden, no sólo por el inestimable tesoro de los Santos Lugares que nos están confiados, sino también por su extensión, pues comprende dentro de sus límites las Delegaciones antedichas y el Patriarcado de Jerusalén, confiado hoy á un ilustre hijo de la Santa Custodia, Rmo. P. Fr. Luís Piavi, M. O. Contiene la Custodia 45 Conventos ú Hospicios, con 440 Religiosos que cuidan de casi todos los Santuarios latinos, regentan 32 parroquias y 44 escuelas, y atienden al servicio de los peregrinos y de varios orfanotrofios, hospitales, farmacias gratuitas y talleres para instrucción de los indígenas. Además de los Religiosos mencionados, están al servicio de Tierra Santa, en varias partes del globo, unos 100 Religiosos más, que se ocupan en recoger limosnas para el sostenimiento de los Santos Lugares.

Vicariatos apostólicos.—Además de los de Siria y Egipto para los Latinos, desempeñados por los mismos Delegados apostólicos arriba mencionados, tiene en China nuestra Orden los 8 vicariatos apostólicos siguientes: Chen-si Septentrional, Chan-si Septentrional, Chan-si Meridional, Chan-tom Septentrional, Hu-pé Oriental, Hu-pé Septentrional, Hu-pé Meridional y Hunan Meridional; cuyos vicarios apostólicos con carácter episcopal son respectivamente los Rmos. PP. Fr. Amado Pagnucci, Fr. Gregorio Grassi, Fr. Juan Hofman, Fr. Pedro Pablo Marchi, Fr. Epifanio Carnassare, fray Ezequías Banci, Fr. Benjamín Christiaens y Fr. Antonio Fantosati, á los cuales hay que agregar dos coadjutores, que son los Rmos. PP. Fr. Pio Vidi y Fr. Eusebio Semprini. En estas mismas Misiones ha tenido hasta la fecha nuestra Orden 57 Obispos. Hay actualmente en estos 8 vicariatos 100 Religiosos, que juntamente con los sacerdotes indígenas, en su mayor parte Terciarios, gobiernan 90,000 almas, administran 758 iglesias y capillas; regentan 9 Seminarios con 153 alumnos, 212 colegios y escuelas de ambos sexos con 5,500 alumnos, y asisten á 22 orfanotrofios con 2,930 huérfanos de ambos sexos. También están consagradas al cultivo de aquel vasto campo cerca de 100 Franciscanas misioneras de María, y una Congregación de Terciarias indígenas fundada hace algunos años.

Prefecturas apostólicas.—Están confiadas á nuestra Orden 5 en Albania, que son las de Epiro, Macedonia, Servia, Castrati y Pulati, con 29 parroquias compuestas de 33,700 católicos, asistidos en lo espiritual por 58 Religiosos Franciscanos, los cuales dirigen varios Colegios y escuelas. Tiene nuestra Orden en Albania dos Arzobispos, los de Antíbari y Durazzo; y tres Obispos, el de Pulati, el dimisionario de Sapa y el actual de la misma Sede.—La de Marruecos, servida por 56 Religiosos, procedentes de los Colegios de Santiago y Chipiona. Tiene 8 Residencias, 1 Colegio de segunda enseñanza, 8 escuelas para niños y otras tantas para niñas, 1 hospital y 1 tipografía árabe-española. También hay Religiosas Terceras Franciscanas.—La de Trípoli, con 18 Religiosos, 2 parroquias, 4 escuelas y 2 hospitales, en los cuales se admiten gratis, á expensas de la Prefectura, los enfermos de cualquier religión ó secta que sean.—La del Alto Egipto, con 19 misioneros, y varias escuelas muy florecientes para ni-

ños y niñas.—La de Constantinopla, con 37 Religiosos, 8 Residencias, 8 parroquias, 8 escuelas para niños y otras tantas para niñas, dirigidas estas últimas por las Hermanas Franciscanas Terceras.

Colegios misioneros.—Además de los Colegios preparatorios, Provincias misioneras, Vicariatos y Prefecturas arriba mencionadas, tiene nuestra Orden en América 29 Colegios consagrados á las Misiones entre infieles, en cuya evangelización se ocupan habitualmente más de 900 Religiosos Franciscanos. Están repartidos estos Colegios en las repúblicas Argentina y de Bolivia, Chile, Ecuador, Perú, Méjico, Colombia y Guatemala.

Misiones.—La de Assab (Africa), con 2 Religiosos; la de Vaverley-Sidney (Australia), con 8 Religiosos; la de Guanabacoa (Habana), con 12 Religiosos; la de las Amazonas (Brasil), con 10 Religiosos; la de Santa Catalina (Brasil), con 18 Religiosos.

Resumiendo, resulta la siguiente estadística de las Misiones de los Menores Observantes:

10 Colegios preparatorios, 2 Delegaciones apostólicas, 26 Provincias misioneras, 10 Vicariatos apostólicos, 9 Prefecturas apostólicas, 5 Misiones aisladas, y además la Misión de Tierra Santa con 45 conventos. Los Religiosos consagrados habitualmente á las Misiones entre infieles, son 4,100.

MISIONES DE LOS MENORES CAPUCHINOS.—*Obispos.*—Tres son los Obispos que los Menores Capuchinos gobiernan entre infieles, á saber: el de Agra, con 32 iglesias y capillas, 2 Colegios, 9 escuelas, 8 orfanotrofios y 41 Religiosos, incluso el arzobispo de Agra, que es el Rmo. P. Fr. Miguel Angel Jacopi; el de Allahabad, con 29 iglesias y capillas, 2 Colegios, 1 Seminario, 22 escuelas, 8 orfanotrofios y 26 Religiosos, incluso el obispo de Allahabad ó Patna, que es el Rmo. Padre Fr. Francisco Pesci; el de Lahore, con 19 iglesias y capillas, 8 escuelas, 2 orfanotrofios y 20 Religiosos, incluso el obispo de Lahore, que es el Rmo. P. Fr. Manuel Van den Bosch.

Vicariatos apostólicos.—Están confiados á los Menores Capuchinos los siguientes: el de Sofía y Filipópolis, con 23 iglesias y capillas, 2 Colegios, 24 escuelas, 2 hospicios, 3 orfanotrofios y 31 Religiosos; el de los Gallas, con 8 iglesias y capillas, 9 escuelas, 1 hospicio y 12 Religiosos; el de las islas Seychelles, con 18 iglesias y capillas, 3 colegios, 27 escuelas, 3 orfanotrofios y 18 Religiosos; el de Aden, con 9 iglesias y capillas, 42 escuelas, 1 colegio, 6 hospicios, y 11 Religiosos. Estos cuatro vicariatos están gobernados respectivamente por los Rmos. PP. Fr. Roberto Menini, Fr. Luís Taurín, Fr. Marcos Hudrisier y Fr. Luís Gonzaga Las-serre, vicarios apostólicos con carácter episcopal.

Prefecturas apostólicas.—Gobiernan los Padres Capuchinos las siguientes: 2 en Suiza con 23 parroquias, 74 iglesias y capillas, 47 escuelas, varios hospicios y 37 Religiosos; la de Constantinopla, con 1 colegio, 3 iglesias y capillas, y 4 Religiosos; la de Cefalonia, con 5 iglesias y capillas, 2 escuelas y 4 Religiosos; la de Trebisonda, con 3 iglesias parroquiales, 4 escuelas, 1 orfanotrofio y 12 Religiosos; la de Esmirna, con 5 iglesias y capillas, una escuela y 13 Religiosos; la de Mesopotamia, con 15 iglesias y capillas, 26 escuelas, 3 hospicios y 18 Religiosos; la de Siria, con 5 iglesias y



PERSIA.—Joven armenia en su casa. (Pág. 187)

capillas, un colegio, 4 escuelas, 5 hospicios y 7 Religiosos; la de Río-Janeiro, con 8 iglesias y capillas, un colegio, 4 escuelas, un hospicio y 19 Religiosos; la de Pernambuco, con 3 iglesias y capillas, un colegio, una escuela, 3 hospitales y 13 Religiosos; y la de Araucanía, con 22 iglesias y capillas, 4 colegios, 19 escuelas, 6 asilos de caridad y 40 Religiosos.

Misiones.—Además de los Obispos, Vicariatos y Prefecturas, tienen los Menores Capuchinos las siguientes Misiones aisladas: la de Candia, con 5 iglesias y capillas, 1 colegio, 5 escuelas, 1 orfanotrofio y 11 Religiosos; la de Canadá, con 2 Religiosos; la de los Estados-Unidos, con varios conventos y 74 Religiosos; la de Bahía, con 1 colegio y 6 Religiosos; la de Guagira, con 5 Religiosos; la de Esmeraldas, con 4 Religiosos, y la de las Carolinas, con 30 Religiosos.

En resumen, las Misiones de los Menores Capuchinos se componen actualmente de 3 Obispos, 4 Vicariatos Apostólicos, 11 Prefecturas apostólicas, 7 Misiones aisladas, y un total de 425 Religiosos misioneros.

MISIONES DE LOS MENORES CONVENTUALES.—*Obispos.*—Sólo tienen en tierra de infieles el de Jassay, cuyo obispo es el Rmo. P. Fr. Nicolás Camilli, y en él administran 29 parroquias, 84 iglesias y capillas, 6 escuelas y 4 asilos de caridad. Religiosos misioneros, 29.

Prefecturas apostólicas.—Los Menores Conventuales tienen á su cargo la de Constantinopla, con 6 parroquias, 8 iglesias y capillas, 6 escuelas, 4 hospicios y 30 Religiosos.

Tienen también varios conventos misioneros en los Estados-Unidos, con unos 35 Religiosos.

De estos datos, que creemos ser exactos por estar sacados de recientes estadísticas de la Sagrada Congregación de Propaganda y de nuestra Orden, resulta que la Orden Franciscana tiene actualmente unos 4,600 misioneros empleados en la conversión de los infieles, y repartidos en 2 Delegaciones, 4 Obispos, 14 Vicariatos apostólicos, 21 Prefecturas apostólicas, varias Misiones aisladas y en los conventos y Provincias misioneras.

UNA EXCURSIÓN POR GALILEA

(Continuación)

DESPUÉS de haber visitado el sepulcro del santo Precursor, y recorrido las importantes ruínas de la que fué Samaria, descendimos del monte Somerón y atravesamos el valle para subir á la opuesta altura. Al cabo de una hora debíamos pasar por una aldea llamada *Borka*, cuyos habitantes, según

nos habían dicho, eran sumamente fanáticos y trataban mal á los europeos. Pasando un pequeño olivar y descendiendo una cuesta llegamos á *Borka*, y queriendo atravesarla, hallamos el camino cortado verticalmente por el ímpetu de las avenidas del invierno anterior, de manera que, por la grande profundidad del surco, fuenos absolutamente imposible pasar á la parte opuesta. No sabiendo por qué lado dirigirnos, una mujer de aquella fanática aldea nos guió por entre higueras y huertos y nos puso en camino. No podemos, pues, nosotros hablar mal de aquella gente.

Puestos á la otra parte, seguimos un torrente tan lleno de pedruscos, que nos fué preciso apearnos y guiar las caballerías, pues de otra suerte allí hubiésemos pasado largo tiempo sin adelantar casi nada. Después de este malísimo trozo subimos á una altura desde donde se goza de una bellísima y encantadora vista. Montes de Samaria, entre ellos Garizín (*V. pág. 62 y 184*); pueblos de *Rame*, *Azie* y *Kefr-Rai*, situados en las alturas de las montañas; *Attara* al Occidente y *Sile* al pie del monte que ocupamos; todo se presentaba á la vista cual un hermoso panorama; hasta los encumbrados montes de *Galaad* parece que hacían gala de exhibir allá en lontananza sus majestuosas cimas envueltas en azulada atmósfera. ¡Qué hermosura, qué variedad tan agradable! El corazón humano allí se eleva á la admiración de la divina sabiduría, y exclama: *Benedicite omnia opera Domini Domino; laudate, et superexaltate eum in sæcula.*

Bajando por una pendiente algo rápida y atravesando el pueblo de *Pentecumie*, como también el de *Yeba*,

llegamos á una fuente llamada *Aain-Yeba*, fuente de *Yeba*. Desde aquí en un cuarto de hora entramos en el camino que va directamente á Nazaret, pues el que seguíamos desde Naplusa era distinto, y en media hora llegamos al pie de *Sanur*, pueblo situado sobre una colina redonda. *Sanur* es la antigua *Betulia*, patria de la célebre al par que valerosa Judit, que salvó al pueblo israelítico degollando á Holofernes, príncipe de la milicia de Nabucodonosor, rey de los asirios.

La ciudad fuerte de *Sanur* ó *Betulia* perdió toda su importancia en tiempo de Ibrahim, bajá de Acre, quien la destruyó y redujo á su actual estado. Con todo, aun habitan aquel arruinado lugar unos mil quinientos turcos que se ocupan en el cultivo de los campos, que son muy fértiles.

los viajeros tomen para evitar estos funestos accidentes.

Después de dar la vuelta á la inundada llanura, seguimos el camino entre montes y barrancos, y al cabo de hora y media teníamos á la vista las montañas de Nazaret. Desde este punto, en dos horas llegamos á *Fenin*, siendo aún bastante temprano para recorrer esta ciudad.

Fenin es una población de tres mil habitantes mahometanos, situada al extremo oriental de la gran llanura de *Esdrelón*; tiene una fuente de abundante agua que, discurriendo por la ciudad, va á regar muchos y hermosos huertos plantados de naranjos y limoneros. Varias elegantes palmeras dan á *Fenin* un aspecto bello y agradable, pero en lo interior no tiene atractivo alguno, siendo, como todas las poblaciones musulmanas, una



PERSIA.—Familia armenia al rededor del *kursin*. (Pág. 187)

Dejando á mano izquierda *Sanur*, entramos en la hermosa llanura que escogió Holofernes para plantar sus tiendas, y donde fué decapitado por Judit. Llámase *Merx-el-Sanur*, llanura de *Sanur*. Llámala también *Merx-el-Juruj*, llanura sumergida, porque en los inviernos muy lluviosos se halla inundada de agua. Cuando hicimos nuestra excursión, que fué en el mes de Agosto, casi toda la llanura era una verdadera laguna; por lo cual, no pudiendo atravesarla, tuvimos que dar un gran rodeo. En la propia llanura cayó atacado de insolación Manasés, marido de la célebre Judit, cuando vigilaba á los segadores de la cebada; y llevado á *Betulia*, murió allí á los pocos momentos. Las insolaciones en este país son muy frecuentes y mortales; nunca estarán, pues, de sobra todas las precauciones que

ciudad de estrechas, sucias y tortuosas calles, y de edificios sin gusto ni simetría, y medio arruinados. Créese que *Fenin* sea el lugar donde nuestro Salvador sanó á los diez leprosos de quienes nos habla el Santo Evangelio; y lo cierto es que en tiempos antiguos había allí una iglesia cristiana, edificada en el lugar del acontecimiento milagroso, pero de ella no queda ya rastro ni reliquia.

Antes de llegar nosotros á *Fenin*, nuestro maronita Ibrahim se nos había adelantado por ver si encontraba una familia griega conocida suya, y nos buscaba alojamiento. Llegamos á la ciudad, pero nuestro Ibrahim no parecía; por lo que tratamos de buscar alojamiento. Bien pronto se nos presentó un turco brindándonos con una casa de turcos donde, según él decía, se alojaban

siempre los Religiosos, y allá nos condujo. Tomamos posesión de un cuarto bastante bueno en piso bajo, que la familia turca nos preparó para pasar la noche. Todo el ajuar de nuestro *palacio* consistía en varios tapetes que cubrían el suelo, cuatro colchoncitos delgados puestos en hilera sobre los tapetes, cuatro cabezales microscópicos, una mesita árabe de dos palmos de altura, y un farol pendiente del techo en medio de la habitación. No podíamos, pues, pretender mejor mueblaje tratándose de una casa turca. Sentados nos hallábamos sobre los colchoncillos cuando llegó nuestro Ibrahim acompañado del jefe de telégrafos, muy conocido suyo y que por casualidad le había encontrado. Dijonos que la familia griega no se encontraba ya en *Fenin*; de consiguiente se alegraba mucho de que hubiésemos hallado tan buen alojamiento. El jefe de telégrafos era un joven turco vestido á la europea, civilizado y fino en cuanto cabe á un mahometano. Invitónos á dar un paseo por la ciudad y jardines del Municipio; aceptamos con placer su cortés invitación, y vimos cuánto hay que ver en *Fenin*, que todo se reduce á suciedad y abandono propios de toda población musulmana. El joven telegrafista se entendía en árabe con nuestro Ibrahim, y con nosotros se explicaba en francés. Nos hizo gracia la expresión que nos soltó diciendo: «Yo soy turco católico;» quiso decirnos que no era fanático como los demás turcos, que era *despreocupado* en cuanto á su religión.

Después del paseo nuestro joven *turco católico* nos acompañó muy cortésmente hasta nuestro alojamiento; allí estuvo en afable conversación cerca de una hora; le agasajamos con un refresco, y despidióse con gentileza deseándonos buen descanso y felicísimo viaje. Nosotros tratamos de preparar la cena, que toda se componía de fiambre; cenamos poco y mal, y los restos se dieron á la pobre familia turca que habitaba la casa. Llevábamos dos noches de mal dormir y el cansancio consiguiente á dos días y medio de viaje; quisimos, pues, descansar, pero fuenos imposible, porque el calor era sofocante, los mosquitos nos atormentaban, y el ruido infernal de turcos y perros no nos dejaba pegar el ojo. De consiguiente, no dormimos, pero pasamos la noche con la esperanza de descansar con toda tranquilidad la siguiente en nuestro convento de Nazaret.

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL Rdo. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

X

Población de Keruán.—Carácter pacífico de los habitantes.—La entrada de los franceses.—La tribu de los Zlass.—Creencias musulmanas.—Los judíos.—El territorio.—Los indígenas del Este y los del Oeste.—La ruta.—Alto junto á los pozos.

SEGÚN el último censo la ciudad de Keruán cuenta 175 franceses, 150 israelitas y 100 italianos, griegos y malteses. Los indígenas ascienden á 20,000.

La población difiere completamente de la del campo. Mientras los beduinos, en el laboreo de las tierras y la cría de rebaños, se proponen únicamente satisfacer sus

necesidades materiales más perentorias, sin que se preocupen por acumular numerario, los habitantes de la ciudad son activos, industriosos, previsores y dados al comercio. Apenas hay indígena, de cualquier clase que sea, que directa ó indirectamente no venda en el mercado. Así el artesano goza de la misma consideración que el funcionario, no siendo raro ver, como en otro tiempo entre los judíos, los personajes de más viso en la ciudad sentados en una tienda de hojalatero, droguero, etc. El jeque de la secta de los aissauas es sillero, y un pariente del bach-mufti, director del culto, fabrica objetos de cuero, zapatos, babuchas, bolsas y cinturones.

Los keruaneses son sumamente pacíficos. En sus disputas nunca llegan á las manos. No ha mucho tiempo se dejaban robar por los nómadas sin defenderse. Los hurtos particulares son rarísimos, y los asesinatos, enteramente desconocidos. De natural sufrido, el keruanés, al ser atacado, en vez de repeler la agresión va á querellarse; pero si bien se queja mucho, perdona fácilmente. Por poco que el culpable apele á los buenos sentimientos de su víctima, está seguro de salir indemne. En suma, la población es excelente, y de las más fáciles de gobernar.

Véase un ejemplo de este carácter pacífico.

Al acercarse las tropas francesas á Keruán, los zlass se amotinaron, saquearon las tribus más próximas, y resuelven aprovecharse de los momentos de confusión para entrar á saco la ciudad antes de la llegada de los europeos. Poco amigos de defender su país contra la invasión, se cuidan solamente de acumular botín á costa de sus mismos conciudadanos. Keruán va á caer en manos de los insurgentes.

Por otra parte el ejército francés está á la vista. Los habitantes andan perplejos entre el deseo de ser protegidos contra los desmanes de sus vecinos y el temor de ver manchado por cristianos el suelo de la ciudad santa. La vacilación no se prolonga mucho. Desde el momento que se les notifica que para evitar el bombardeo tienen que enarbolar la bandera parlamentaria, se apresuran á izar blancos lienzos en muchos alminares. Hassein corre á abrir la puerta de los Pellejeros, Bab-Dejlladin, y la entrada en la capital del Maghreb religioso se lleva á cabo sin disparar un tiro.

Los indígenas se han sometido fácilmente á la dominación francesa. Algo ariscos á causa de la altanería de los primeros invasores, que muchas veces se mostraron injustos con los indígenas, pierden paulatinamente este sentimiento de desconfianza, y se muestran agradecidos cuando se les trata con equidad.

Es opinión generalmente admitida que nada puede obtenerse del árabe sino por medio del terror; pero según el Sr. Cánova, que ha vivido siempre entre musulmanes, y cuya administración al parecer aprecian, la justicia produce mejores resultados. Los colonos franceses que se han establecido con capitales en el Norte de la Regencia, son apreciados de los indígenas, cuya confianza han sabido captarse porque no abusan de la fuerza ni de su situación.

Estos bárbaros de Africa, que cincuenta años atrás nos hubieran muerto ó reducido á esclavitud, quédanse maravillados al ver la clemencia con que se les trata

después de la victoria. Miran á sus vencedores como genios creados para pacificar la tierra y preparar el reinado de sus absurdas esperanzas. Les admiten por superiores en los negocios de este mundo, y aceptan lo que en su interés exigen de ellos, porque tal es la voluntad de Alá.

Con todo, es preciso dejarles la libertad de albergarse y vestir como sus abuelos. Nuestros inventos les parecen juegos harto difíciles de comprender; y nuestros libros no son á sus ojos sino miserables sueños comparados con aquel que el arcángel Gabriel dictó á su profeta.

¡Cuántas veces he sentido oprimírseme el corazón durante este viaje por Túnez! ¡He aquí una inmensa comarca á las mismas puertas de Europa, donde el cristiano es mirado con horror! En saliendo de las poblaciones del litoral no se encuentra ni sacerdote ni altar. Sin embargo, los habitantes de esas soledades, que ignoran el Evangelio, son creyentes convencidos, que oran, ayunan y bendicen mañana y tarde al Señor del universo. Asíanse en cofradías; tienen confianza sin límites en los méritos de sus intercesores; invocan á Dios bajo los nombres secretos que aprendieron de su boca; se conforman con sus ejemplos; regulan sus actos, usos y costumbres según las máximas del Corán, y forman en espíritu familias que se reconocen por medio de símbolos. Perpetúan la vida bíblica; tienen una resignación que asombra; menosprecian las artes y artificios de la vida moderna, persuadidos de que está de más todo lo que se haga para embellecer esta morada transitoria y sustentar estos cuerpos carnales. Una sola cosa consideran importante, aceptar la voluntad de Alá y creer su palabra. Están persuadidos de que está próximo el instante en que las montañas volarán por los aires como vellocinos, en que volverá Jesús para convertir al Islam los últimos hombres, y en que los muertos, saliendo de sus tumbas, entrarán con ellos en la eternidad de las delicias ó de los tormentos.

Las locuras religiosas de los aissauas son actos de penitencia para conquistar mayor gloria en el cielo.

Mahoma, por otra parte, concede á la naturaleza todas sus satisfacciones. Algunas abluciones son suficientes para borrar los pecados; y la voluptuosidad no es un obstáculo para ser santo. Este es el secreto que encadena á los pueblos al yugo del Islam, y éste también el motivo de su decadencia moral y de la miseria física que se extiende por todo país donde fija su imperio.

Estas ideas y consideraciones me sumen en la mayor tristeza. ¿Cuántos años habrán de transcurrir para que la luz del Evangelio brille en esta comarca? ¡Muchas generaciones se extinguirán antes que sus descendientes vuelvan al culto de la cruz redentora, adorada por sus antepasados!...

Volvamos á Kernán. Goza en ella el indígena tales condiciones de intimidad y religión, que no se resuelve á abandonarla, y si alguna vez se aleja, dominale la tristeza, de suerte que se apresura á volver cabe la cuna de sus abuelos y la mezquita en que algunos miembros de su familia fueron más ó menos morabitos en otras edades.

Una cosa indigna á los keruaneses y perjudica á los intereses de Francia, y es la invasión progresiva de su

ciudad por los judíos, desde que la administración se halla en manos de los franceses. Antes de la ocupación estaba prohibida la permanencia de los judíos, y vivían los habitantes sin contraer deudas. Hanse trocado ahora los papeles, pues los *yudis*, judíos, encuentran en este país nuevo un terreno de los más propicios á sus operaciones usurarias; así su número aumenta de una manera poco tranquilizadora. Dentro de algunos años serán dueños de todas las riquezas de la región. No se atreven aún á apoderarse de los terrenos laborables, pero poseen ya gran número de fincas y todas las alhajas. Son una plaga amenazadora para el porvenir. La población árabe, que antes vivía en la abundancia, quedará pronto reducida á la más espantosa miseria, y sumida en los vicios corruptores que son su consecuencia.

Los keruaneses han tenido la idea, que no se ha llevado á efecto, de pedir al Parlamento francés la prohibición para los judíos de permanecer en su ciudad santa.

Con objeto de manifestar la repulsión que les inspiran los hijos de Abrahán, les impiden el acceso á las mezquitas, y reclaman una certificación de la Autoridad francesa cuando abriga dudas acerca la religión de un viajero.

Kernán tiene cien mil habitantes, en una superficie de un millón cien mil hectáreas. Abraza dos regiones distintas, separadas por una línea recta tirada desde la ciudad á Hadjeb-el-Aiun. La parte oriental es arenosa, árida y sin agua potable, habiéndola únicamente salobre á una profundidad que varía de diez á cuarenta metros.

Al Oeste, por el contrario, el país es fértil, templado, abundante en árboles, surcado por ríos, y propio para la colonización. Esta variedad en el suelo es origen de notables diferencias en las costumbres y carácter de los habitantes. Al Este son tramposos, ladrones, y su pésima reputación es justamente célebre en toda la Regencia. Como sus cosechas son mezquinas é inciertas no tienen apego al suelo, y viven como nómadas, del producto de sus rapiñas, que ocultan fácilmente á la vigilancia de las Autoridades en el inmenso desierto donde se internan.

Al Oeste las tribus son pacíficas y francas tanto como lo permite el temperamento árabe, es decir, que su franqueza es siempre vecina de la astucia. Aman la tierra que les sustenta, y por su posesión entablan interminables procesos.

Unos y otros viven bajo tiendas, de una manera harto miserable. Algunos olivos, un poco de cebada, y rebaños de carneros, cabras y camellos constituyen toda su riqueza. Encuéntrase no obstante un pequeño número de *dechras* ó aldeas, habitación moderna de los bereberes arrojados del Djebel-Usselat, ciento sesenta años ha, á consecuencia de su rebelión contra los beys. Estos son los únicos bereberes que se encuentran en Kernán: reconóceseles fácilmente por los cabellos rubios y ojos azules. Dedicánse á la agricultura, y edifican sus aldeas en la meseta de rocas inaccesibles, como la de Takruna, para librarse del saqueo de los nómadas.

Mientras que las mujeres de la ciudad llevan cubierto el rostro y ocultan la riqueza de sus adornos bajo un manto de seda ó lana, las del campo que encontramos, van sin velo y ostentan multitud de collares y alhajas. (V. la pág. 173).

Excepto los cuidados del menaje, las primeras apenas tienen otra ocupación que las futilidades del tocado y las visitas á la Kuba de algún morabito tenido en olor de santidad. Las segundas, por el contrario, se dedican á las rudas faenas agrícolas. Instalan el campamento, fijan los postes y atan las cuerdas de las tiendas. Acarrean los bagajes, hacen provisión de agua y de leña para el fuego, preparan la comida y abrevan

ramas de alfa y lentisco, cuando no están cubiertas con espesa capa de polvorienta arena. El sol es abrasador, marcando el termómetro 43° á la sombra, y las noches, frescas y casi frías. Tenemos que acampar al aire libre, junto á una fuente, un *fouduck* destartado ó bajo la tienda de los nómadas. Mesa, manteles, vasos, camas y cortinas están aquí relegados al mundo de los recuerdos. Acostúmbrome á prescindir de muchas cosas que me parecían indispensables.

Con todo, la fatiga engendra la pereza, y además no es muy cómodo, que digamos, escribir sobre las rodillas, en el cogín de un vehículo ó en la silla de un caballo, transformado sucesivamente en bufete y almohada.



PERSIA.—Joven aprendiz sujeto al castigo del *felekeh*. (Pág. 187)

los rebaños. Pesan también sobre ellas las fatigas de la siega, y de la recolección de aceitunas y dátiles, y tejen la lana de los albornoces. La división de empleos peca aquí contra la igualdad. Los maridos y los hijos obran como señores. La caza, la fantasía, el pillaje, la conversación y el paseo á la ciudad vecina son las únicas cosas que convienen á la alta idea que se forman de la superioridad de su sexo.

A medida que voy internándome en el territorio de la Regencia, disminuyen las comodidades y aumenta lo pintoresco, siendo cada vez más difícil redactar apuntes. Las jornadas son cada vez más largas y penosas, con pistas á menudo apenas visibles y obstruidas con

Tomamos nuestro refrigerio sentados en la hierba florida y junto á un pozo, donde se detienen los nómadas. Ahmed fuma cuando no ayuna. El maltés saca el agua y abreva los caballos. El brocal nos sirve de mesa. Nuestras provisiones consisten en botes de conservas alimenticias. Nada nos faltaría para estar satisfechos si una tienda de follaje, un lienzo de pared ó un arbusto nos defendiesen de los ardorosos rayos del astro del día. Casi nunca podemos gozar de sombra, y así nos cubrimos la cabeza con el albornoz.

A veces el pozo está seco. En otros puntos una caravana sedienta turba la tranquilidad de nuestra comida: nómadas y camellos, mulos y borriquillos se precipitan



PAISAJE DE LA ISLA DE JAVA. (Pág. 190)

Ayuntamiento de Madrid

hacia la abertura del pozo. Disputarles el lugar sería harto egoísta, y cada uno de nosotros se retira con su vaso y su parte del festín.

Contemplo arrobado las escenas que se ofrecen á mi vista, y estoy por creer que no vivo en el siglo XIX. Parece tener visiones del tiempo de Eliezer. No se diría sino que acaba de pasar Rebeca con el cántaro al hombro. He aquí los camellos de Isaac. A lo lejos, en los confines del horizonte, se ve una nube de brillante polvo que levantan los rebaños de algún patriarca; y experimento las torturas de Agar postrada en la arena, lejos de los oasis y de toda fuente y asomo de verdura, cuando ya el sol, ocultándose en la caldeada llanura, está próximo á borrar toda huella de animales y todo vestigio de planta humana.

DE PORTO-NOVO Á OYO

(Febrero-Marzo 1891)

MEMORIA DEL RDO. P. PIED, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

VIII Y ÚLTIMO

ERA tiempo ya de volver á Porto-Novu, de donde salí cuatro semanas antes. Estábamos en Domingo de Pasión, y quería celebrar allí la Pascua.

El lunes 16 de Marzo, habiendo abrazado con efusión al P. Vermorel, partí caballero en un jumento, acompañándome el P. Barbaglia hasta el río Awa, donde se despidió para regresar á Oyo.

Pasamos la noche en Isehin, y á la mañana siguiente á las cinco y media proseguimos el viaje. Desde Esea-do á Eruwah la vegetación es espléndida: copudos árboles dan sombra á los riachuelos, á la sazón secos, que siguen las sinuosidades del terreno; pero no se encuentra una sola aldea ni una choza.

Nuestro guía, infatigable siempre, llegaría hasta Lalate sin detenerse; pero en el kilómetro dieciocho los bagajeros piden descanso, y hacemos alto á orillas del camino.

Muertos de sed, cavamos un hoyo en el cauce del vecino riachuelo; mas el agua que sale es tan turbia que mis hombres no se atreven á llevarla á los labios. Tras una penosa jornada, llegamos á Lalate á las doce y media.

Esta ciudad es al presente un montón de ruínas; debió ser muy importante, pues tardamos media hora en atravesarla. Hace algunos años fué destruída por los egbas, á las órdenes de Ogudite. Sus habitantes se han refugiado á algunos kilómetros al Este, al pie de una montaña, y han fundado una ciudad nueva.

Por allí pasó el año último el ejército dahomeyano, después de saquear el país de los iberokudos.

En medio de las ruínas hay en pie tres ó cuatro chozas donde, mediante algunos caurries, encuentra el viajero todo lo que necesita: agua fresca, ñames, maíz, papayer, etc.

A lo lejos vemos un enorme peñasco, cubierto de árboles y maleza: detrás de él se encuentra Eruwah, á donde llegamos al cabo de dos horas. Esta ciudad, al parecer de cierta importancia, está edificada sobre enhiestas rocas; y su doble línea de defensa atestigua los

temores de sus habitantes de ser atacados por los dahomeyanos.

En Mayo de 1890, mientras las hordas de este reino saqueaban los alrededores, casi todos los vecinos de Eruwah abandonaron la plaza, buscando protección en Abeokuta.

Los negros no tienen aquí la sencillez que se observa en los de Oyo, Ketu y Porto-Novu; son más arrogantes y fieros: en sus relaciones con los de Abeokuta y Lagos se enlazaron con los de Sierra-Leona, en donde existe el tipo más grotesco del negro insolente y pedante.

Paso la puerta con toda mi gente. A poco nos llaman para pedirnos los derechos de aduana: dejo que griten, y continúo mi camino: nadie nos persigue.

El guía me conduce á casa del rey, á quien anuncia mi llegada. Permanezco una hora en la *verandah* ó galería aguardando: impaciente ya, le hago avisar de nuevo; y me contesta enviándome una estera y la invitación de pasar la noche en su casa. Entrego á mi guía un presente destinado al rey, quien entonces viene á saludarme, invitándome á permanecer con él cuatro ó cinco días. Me hace entrar en el patio interior, cede parte de la *verandah* á mis hombres, y me instala á la puerta misma de su aposento, sobre una grada que le sirve de trono, limpiándola antes con sus reales manos. Deseando mis portadores hacer algunas compras en el mercado, le pido una piastra de caurries, á cambio de una moneda de seis peniques. Me da seis *gallines*, rehusa mi dinero, y dispone se distribuyan provisiones á mi gente.

El buen viejo se ha hecho muy tratable, y pasamos la noche mano á mano. A la mañana siguiente le suplico me excuse si con gran sentimiento mío no puedo prolongar mi permanencia, y nos separamos como si fuésemos los mejores amigos del mundo.

El camino es frecuentado: crúzanse á cada paso grupos de bagajeros y transeúntes. Los cortijos son cada vez más numerosos: henos ya en país egba. En las cercanías de los pueblos hay cabañas escalonadas en las que se sirven comestibles. Deténgome en una con dos de mi comitiva, pues los demás no podían seguirnos. Reunida al cabo de una hora toda mi gente, seguimos hacia Lodo-Ogún, á donde llegamos á medio día. El río tiene en este lugar una anchura de sesenta metros: abundan en su cauce las rocas y corrientes rápidas: á mi cabalgadura le llega el agua hasta el vientre.

En la orilla opuesta hay una aldea con diez cobertizos para los viajeros. A ambos lados del camino son cada vez más numerosas las granjas, pues los egbas, no alejándose mucho de la ciudad, parece viven con alguna mayor confianza.

Abeokuta es la ciudad más grande del Africa Occidental. Tiene cinco puertas, y una circunferencia de cuarenta kilómetros. Ciento cuarenta poblaciones se han reunido en ella para prestarse ayuda contra las hordas dahomeyanas: cada pueblo ha conservado su autonomía y su jefe. Uno de ellos está encargado del Ministerio del Interior; otro, del de Justicia, y un tercero, del de la Guerra, formando como un triunvirato que juzga en última instancia.

La población asciende á doscientas cincuenta ó trescientas mil almas. Cuando nada tiene que temer de Da-

homey, se disemina en parte por los cortijos, pronta á reunirse al primer grito de alarma.

El año último los iderudos, arrojados de su territorio por los dahomeyanos, vinieron en número de diez mil á pedir asilo á los egbas, quienes les concedieron una porción de terreno.

Mientras Dahomey tenga libertad de hacer sus anuales rapiñas, la población de Abeokuta aumentará en detrimento del trabajo y de la producción de los campos; pero el día en que desaparezca el poder dahomeyano, y renazca la paz y confianza, las ciudades que han contribuido á la formación de Abeokuta se dispersarán para instalarse nuevamente en el territorio que ocuparon en otro tiempo.

A esta enorme aglomeración de refugiados la protege al Oeste y Noroeste el río Ogún, que constituye una primera línea de defensa infranqueable durante la mitad del año: en gran parte de su perímetro rodéanla además colinas peñascosas y enhiestas que hacen difícil su acceso. La profunda trinchera y el muro de tierra que la cerca pónenla al abrigo de una sorpresa. Creo que los dahomeyanos nunca han entrado en ella.

Terrenos deshabitados, invadidos por la maleza y corpulentos árboles, separan los diferentes barrios de la ciudad. Las calles son generalmente estrechas y socavadas por las lluvias: las casas están bien construidas, y hay unas diez iglesias y escuelas frecuentadas por excesivo número de niños.

La Misión prospera, y treinta y cinco muchachos internos forman nuestra esperanza para el porvenir. Con el P. Francisco fui á visitar á Onilado, amigo de la Misión, y el jefe más influyente y respetado de la ciudad. Le han propuesto ser rey, y prudentemente ha rehusado este honor, pues prefiere al morir disponer de sus propiedades en favor de su familia, que legarlas á la ciudad, pues á esto se obliga quien acepta la corona. Recibíome con extremada bondad, escuchó con interés el relato que le hice de mi viaje, y después me entregaron un saco de cauríes.

El Lunes Santo partimos para Porto-Novo por la vía de Agileté, poco frecuentada, y desconocida de los blancos. En una encrucijada de la ciudad veo una cabeza humana recién cortada y clavada en un árbol: es la de un malhechor; la han puesto allí para que sirva de escarmiento é impresione á la multitud. Durante once kilómetros seguimos la ruta de Lagos por Otta.

En el kilómetro quinto pasamos por última vez el Ogún, que es magnífico en este lugar, más arriba del cual no es navegable. Gran número de piraguas amarradas á la orilla, y otras que van y vienen, animan el paisaje: hacen el servicio de transporte de bagajes y pasajeros entre Lagos y Abeokuta.

En Alope abandonamos la ruta de Lagos para dirigirnos hacia el Sudoeste. En un trayecto de treinta kilómetros pasamos por campos cultivados y bosquecillos de palmeras de aceite, y también por los pueblos de Alawo y Awoyade. El mercado de Awowo rebosa de gente. Más adelante son raros los cortijos y palmeras.

En la aldea de Kobo aguardo á mis hombres que han quedado rezagados á causa de la fatiga. Quinientos metros más allá atravesamos el río Wagonu, y por fin á las seis llegamos á la granja de Ashoha, distante cua-

renta y cinco kilómetros de Abeokuta. El jefe me da una polla, y le correspondo con algunos regalos.

El día siguiente pasamos por un bosque de treinta y nueve kilómetros, que se extiende desde Fishah á Agileté, cortado únicamente por el pueblo de Laro ó Ilaro, con calles, plazas y casas limpias y bien conservadas, bajo el gobierno de un reyezuelo. Este pueblo dista diez kilómetros de Fishah y veintiocho de Agileté.

Onilado había dispuesto me acompañase uno de sus guías como introductor cerca de los jefes. Fuimos, pues, á casa del de Ilaro, que me condujo á la presencia del rey, quien me recibió cortésmente, manifestándome que, como Onilado y Tofa, deseaba ser amigo de los franceses. Ofrecíle hablar del asunto con el Residente de Francia en Porto-Novo. El buen hombre sin duda tenía ya entonces sus razones para expresarse como lo hizo, pues cuatro meses más tarde el pabellón inglés ondeaba en su país y en el vecino de Addo, y sabido es que donde esto sucede se reemplaza el rey por un funcionario, y se promulga la ley é instalan tribunales ingleses.

Después de un breve alto en la aldea de Woyé, llegamos á las seis á la población de Agileté, á orillas del Addo, habiendo andado este día cuarenta kilómetros, y cinco más el anterior, de suerte que mis bagajeros están rendidos de cansancio, y yo también algo molido con tanto montar en una bestia que sólo va al paso.

En vez de continuar por la vía terrestre, bajaremos por el Addo en piragua, y en veinticuatro horas llegaremos á Porto-Novo.

Agileté era á la sazón el punto más avanzado de la colonia de Lagos: habiéndose izado ahora el pabellón británico en Ilaro, el camino de Porto-Novo á Abeokuta está hoy en poder de los ingleses. Por Otta é Ilaro se encaminan paso á paso hacia Abeokuta.

Agileté cuenta con seis factorías, una de ellas dirigida por un alemán á quien conocí en Porto-Novo. Está ausente, pero su empleado, antiguo alumno de la Misión, me recibe con los brazos abiertos.

El día siguiente visito al jefe, con quien cambio algunos presentes, y á las once nos embarcamos.

El Addo no es navegable más arriba de Agileté: á partir de este punto su cauce, aunque de treinta á cuarenta metros de anchura, está obstruido por grandes hierbas, cortadas por un canal suficiente apenas para el paso de una piragua.

Más abajo desaparece la hierba, y el río se presenta majestuoso, encajonado entre dos riberas adornadas de soberbios árboles y una vegetación exuberante. Más lejos, á causa de la depresión del terreno, las aguas forman un lago que desemboca en la laguna de Porto-Novo, más arriba de Badagry.

El Jueves Santo á las once de la mañana llegamos á Porto-Novo.

RAZAS ENTERAS DE NEGROS EXTERMINADAS POR LOS BLANCOS

Si buscáis en la *Encyclopædia Britannica* la palabra TASMANIA, hallaréis que es una isla y colonia inglesa, al Sur de Australia, en la Oceanía Meridional. Os dará noticias de sus vistas pintorescas,

de sus collados cubiertos de florestas y lagos, á cuatro mil pies sobre el nivel del mar; os describirá sus ríos, ciudades y templado clima, sus aires balsámicos, su geología, sus minerales, su agricultura, su flora y fauna y su creciente población. Respecto á la historia os informará la *Encyclopædia* cómo la isla fué descubierta por el holandés Tasman en 1642, quien tomó posesión de ella en nombre del primer magistrado de Holanda; cómo la visitaron el francés Marión en 1772, el capitán Cook en 1777, el almirante d'Entrecasteaux en 1792, el Sr. Bass y el teniente Flinders en 1798, y el comodoro francés Baudin en 1801-2, manifestando al mundo las siempre nuevas riquezas que se ofrecían á sus ojos. Al fin Inglaterra, siempre más lista y positiva que las naciones rivales suyas, empezó á colonizar la isla, de-

isla de Flinders, donde la muerte acabó rápidamente con todos ellos, muriendo el último hombre en 1862 y la última mujer en 1872.

La circunstancia de vivir aún una mujer llamada Fanny Cochrane Smith, que se cree es último sobreviviente de su desdichada raza, ha dado ocasión á algunos periódicos, y particularmente al *New York-Sun*, de revelar algunos detalles acerca de aquellas «luchas y guerras» indicadas con tan misterioso laconismo por la *Encyclopædia Britannica*. Esos detalles arrojan muy siniestra luz sobre la *civilizadora* influencia de la protestante Inglaterra en los pueblos invadidos ó subyugados por ella.

En 1803, época de la primera colonización de Tasmania, vivían en sus fértiles y pintorescos valles unos



TIERRA SANTA.—Garizin, montañas de Samaria. (Pág. 176)

portando á ella á sus penados, y organizándola en un gobierno dependiente de su colonia de Nueva Gales del Sur. A este gobierno sucedió en 1825 un régimen de autonomía colonial, y desde entonces empezó para la isla una época de prosperidad.

Esta, sin embargo, es la historia de la raza ocupante ó descubridora. Un lector que no sea inglés tendrá la curiosidad de saber algo también de la raza indígena y de su condición en la época del descubrimiento, y en la actualidad después de más de ochenta años de contacto con la civilización anglo-sajona. Pero en vano esperaréis tales noticias de la *Encyclopædia Britannica*, que se limita á decir que desde el principio hubo luchas y guerras entre los naturales del país y los blancos; que en 1830 los primeros fueron transportados á la

6,000 ó 7,000 indígenas. Todo lo que quedaba de ellos en 1847, era 12 hombres, 22 mujeres y 10 niños: total, 44. Unas 6,500, ó 6,400 personas habían perecido en cuarenta y cuatro años de ocupación inglesa, sin contar los que nacieron durante el mismo plazo. Entonces el *humanitario* Gobierno británico trató de adoptar medidas para salvar la raza. Les construyó habitaciones, dicen; les dió maestros y proveyó á sus necesidades. Del mismo modo que hay en la actualidad americanos y canadenses, que después de haber aniquilado el cibolo que poblaba extensas llanuras, se afanan ahora para salvar los últimos restos de la raza.

Los *maternales* cuidados de Inglaterra fueron, sin embargo, de todo punto infructuosos: llegaron harto tarde. Durante los cuarenta y cuatro años de su ocupación,

había poblado la isla de malhechores. Como si cambiando de clima, esos nobles retoños del suelo británico hubieran debido mudar la naturaleza; como si el menosprecio que habían hecho en su patria del honor, los bienes y la vida de sus compatriotas, hubiese debido trocarse en respeto y amor á los negros de Tasmania, aquellos facinerosos de la peor ralea gozaban en el país de su destierro una libertad fatal para la colonia, y vergonzosa y criminal para el Gobierno que la otorgaba.

La *Enciclopedia Americana* aplica á los indígenas de Tasmania el epíteto de *inofensivos*. Esta sola palabra dice más que un largo discurso en favor del carácter pacífico de aquel pueblo infeliz. Pero su incapacidad para ofender no le salvó de la feroz *civilización* de los blancos. Estos, alegando motivos infundados, empezaron á perseguir á los naturales con el mayor encarnizamiento. Andaban á caza de ellos como de osos ó tigres. El número de indígenas que cada uno había muerto era objeto de jactancia en sus conversaciones. Un caso solo bastará para evidenciar el grado de crueldad con que trataban á aquel pueblo desdichado. Un día se hallaban juntos algunos blancos, cuando vieron á un muchacho negro que desde lejos los estaba observando con inocente curiosidad.

—Vamos á tener un rato de diversión (*Let's have some fun*), dijo uno de ellos.

Y acto continuo, cogiendo un revólver vacío, se lo apuntó á la cabeza tirando y soltando el gatillo repetidas veces. El muchacho acercóse gradualmente hacia ellos.

—Ven acá, le dijeron; haz tú ahora lo que estaba haciendo este hombre.

Y al mismo tiempo le entregaron un revólver cargado. El muchacho, sin sospecharlo, se levantó la tapa de los sesos; á esto los blancos *civilizadores* de la Tasmania llamaron «¡diversión!»

Calcúlese por su «diversión» cuáles serían los efectos de su cólera cuando, indignados los negros por los ultrajes, vejaciones y tropelías de que eran objeto, se levantaban contra sus inicuos y crueles opresores. En setenta años, como hemos dicho, no quedó uno solo para muestra. La *Britannica* nos dice que, después de trans-



VOLCÁN DE ANTISANA, EN EL ECUADOR. (Pág. 189)

portados á la isla de Flinders «los pocos centenares» que todavía quedaban en 1830, fallecieron muy pronto (*Deaths rapidly followed*); pero calla las causas de esto. Los fusiles y revólvers no fueron las únicas armas empleadas para exterminar á los negros. Mucho se trabajó también con el *whiskey*, el *gin*, el *ron* y otras bebidas alcohólicas que se sabía causaban estragos en los indígenas. Y sin embargo, se las proporcionaba por el gusto salvaje de ver los excesos á que se entregaban en la embriaguez. Las enfermedades de que es causa el alcohol, y á cuya violencia sucumben tantos blancos, á pesar de su robustez, no podían menos de causar ruína y destrucción en los negros.

La Tasmania no es la única tierra del globo á donde la civilización destructora de los blancos, y sobre todo de los anglo-sajones, ha llevado asolamiento y muerte. Los maoríes, tribu de raza polinesia que habita en Nueva Zelanda, van por el mismo camino de su propia destrucción. Al primer desembarco de los blancos en medio de ellos, se calculaba su número en 120,000. En 1886 sólo se contaban 41,969. Las enfermedades de los invasores causan estragos entre los indígenas. No menos fatales son los vicios de la embriaguez y de fumar que les han enseñado. Hombres y mujeres parecen hallar su dicha en emborracharse, y se ven niños de cinco ó seis años con pipas en la boca. De aquí una horrible mortandad; y nada, al parecer, es capaz de contener esos «beneficios de la civilización.»

Entre los naturales de Borneo existía, desde la época del primer descubrimiento, la bárbara costumbre de ir á caza de seres humanos. Los relatos de los viajeros que han visitado aquellas islas causan horror. Suficiente causa de la aniquilación mutua de aquellas tribus, era el instinto salvaje de cifrar su gloria en el número de las cabezas de enemigos que hubiesen cortado,

Pero cuando el viajero Woodford asegura que en la isla de Alú halló á los naturales armados con *rifles*, efecto del tráfico con los comerciantes europeos, ingleses ó alemanes, ¿habrá invectivas bastante duras contra esa civilización de caníbales?

Por las mismas causas, y en análogas proporciones, la población indígena mengua y desaparece en todas las islas del Pacífico, menos en las Carolinas, puestas bajo el gobierno de la católica España. Datos son esos que Balmes no pudo conocer, pero que añadirían deslumbradora luz á sus comparaciones del Catolicismo con el Protestantismo.

CRÓNICA

España.—Después de haber recorrido en cinco meses la América del Norte, la Central y la del Sur, visitando las Casas fundadas en dichas regiones, ha regresado á España con buena salud el Rmo. P. José Xifré, Superior general del Instituto de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. No es muy común hacer un trayecto larguísimo en tan poco tiempo, sin compañía y en una edad tan avanzada como la de su reverendísimo, que cuenta ya setenta y seis años. Mas, como si esto fuera poco, el mismo día de su llegada á Madrid, resolvió salir para Fernando Poo, con objeto de visitar las ocho residencias y varias preceptorías establecidas en el Golfo de Guinea. Que el Señor le proteja en tan largo y peligroso viaje.

Roma.—El Papa acaba de hacer un notable regalo á la Sociedad antiesclavista de Bélgica. León XIII ha enviado una suma de 50,000 pesetas para la subscripción abierta para proteger la expedición encargada de socorrer á los belgas que se hallan en Tanganika.

Esta expedición de socorros irá bajo la dirección del capitán Descams y se dirigirá al Tanganika por el Cabo y el Zambese.

Gracias al regalo enviado por el Papa, la suma reunida actualmente, aunque no la necesaria, permite, sin embargo, que se ponga en camino la expedición.

Se dispuso, pues, que el capitán Descams y su escolta se embarcasen en Londres el día 6 de Abril para el Cabo. De aquí irán á Chindé (Bocas del Zambese). La Compañía inglesa de los lagos africanos, se encargará después de transportar el personal y los bagajes hasta Karenga, al Norte del lago Nyanza, desde donde la caravana se dirigirá por tierra (un mes de camino) hacia el Tanganika.

—El Superior general de la Congregación del Espíritu Santo y del Corazón de María, Rdo. P. Emonet, y un Obispo misionero de la misma, fueron recibidos en audiencia particular por el Romano Pontífice. Este se enteró minuciosamente de todo lo concerniente á las Misiones de la Congregación, y en particular de la de Zanguebar. Su Santidad demostró gran satisfacción por el desarrollo cada vez más creciente de esta Congregación y por el resultado de sus obras, sobre todo de las Misiones africanas.

—El Rdo. P. Charmetant, nombrado por León XIII sucesor del cardenal Lavigerie, nació en Saint-Maurice el año 1844, y compartió con dicho Cardenal los improbos trabajos de civilización de Argelia. A los veintitrés años de edad, cuando acababa de salir del Seminario de Lyon, partió de aquellas regiones en busca de un clima de mejores condiciones para su delicada salud.

Por aquel tiempo llegaba á Argelia el cardenal Lavigerie y quedó prendado del joven sacerdote, resolviéndose agregarle á su diócesis para empezar la obra gigantesca de civilización de aquellas regiones.

Cuando en 1868 asoló á Argelia el terrible azote del hambre que diezmó sus habitantes, y el cardenal Lavigerie creó los Asilos para huérfanos árabes que contribuyeron á aliviar tanta calamidad, el P. Charmetant fué nombrado Superior de aquellos establecimientos, conservando su puesto hasta el año 1874. Fué después

misionero en el Sahara y cura párroco en Biskra, y luego misionero en Kabilia, y en 1878 procurador general de la Congregación de los Padres Blancos.

Deseando después el cardenal Lavigerie edificar una Basílica en la colina sobre la que se levantaba en otro tiempo la ciudadela de Cartago, confió al P. Charmetant la tarea de recoger fondos para tan importante obra, logrando ver satisfactoriamente colmados sus deseos. A los quince años consagraba el cardenal Lavigerie aquella basílica que hoy es Catedral, siendo nombrado canónigo el P. Charmetant. Vuelto á su apostolado, continuó ejerciendo las funciones de procurador general de los Padres Blancos.

Bélgica.—Según leemos en *La Civiltà Cattolica*, también el nuevo Estado del Congo se abre á la luz del Evangelio por el poderoso impulso de León XIII, y la valiosa cooperación del Rey de Bélgica. El 5 de Marzo será una fecha memorable para la Compañía de Jesús. Siete de sus hijos, cuatro Padres y tres Hermanos coadjutores, preparábase á partir de Amberes para el Congo, con objeto de llevar la civilización cristiana á aquellas bárbaras gentes. Conmovera fué la función religiosa de despedida. En la fachada del Colegio de Nuestra Señora ondeaba el estandarte azul con estrella de oro, del Congo. El templo rebosaba de fieles, y en sitios reservados asistieron muchos altos empleados del Gobierno. A las tres de la tarde, al canto acompañado al órgano del *Quam speciosi pedes*, adelantáronse hacia el presbiterio larga hilera de clérigos, cuatro jóvenes negros, y los siete misioneros con su hábito distintivo, precedidos por el superior el P. Van Henxthoven, todos con cirios encendidos. Después de algunas oraciones, el P. Verest en elocuentísimas frases puso de relieve el sacrificio que de sí mismos estaban prontos á hacer los Padres, no degenerados sucesores de los Javier, Claver y Espínola, y el noble, fecundo y perpetuo apostolado de la Iglesia. Procedióse en seguida al beso del pie, distinguido honor tributado á los apóstoles, cantándose durante este acto el acostumbrado himno de despedida. Concluyó la fiesta dándose la bendición con el Santísimo Sacramento. Este día, y el siguiente en el momento de la partida, los buenos ciudadanos de Amberes prodigaron las mayores demostraciones de afecto á los abnegados propagadores de la fe y la civilización.

Noruega.—En la pág. 169 damos el retrato del Ilmo. Juan Bautista Fallize, vicario apostólico de Noruega, nacido en Harlingen (Luxemburgo) el 9 de Noviembre de 1844, nombrado prefecto apostólico en 1887, y vicario apostólico y obispo titular de Elusa en 1892.

Este Prelado nos escribe dándonos la triste noticia de que el 8 de Julio próximo pasado un incendio destruyó casi la mitad de la importante ciudad marítima de Christiansand, «en donde, dice, acabábamos de instalar, á costa de los mayores sacrificios, una estación católica. Era tan floreciente, que la policía sanitaria repetidas veces nos había intimado que cerraría nuestra capilla, á causa de ser incapaz para tanta gente como á ella concurría. Pues bien, en este incendio nuestra capilla, escuela y casa rectoral, lo mismo que la habitación de las Hermanas, quedaron completamente destruidas. Ciertamente que estos edificios estaban asegurados, pero la indemnización que nos dará la Compañía de seguros, apenas cubrirá la tercera parte del coste de reconstrucción. Como nuestros católicos han experimentado asimismo grandes pérdidas, y nuestra Misión es sumamente pobre, no podremos sostener esta importante estación, si no encontramos bienhechores que vengan en nuestro auxilio. Entre tanto me he visto obligado á retirar de Christiansand al misionero y las Religiosas, desconsolados por no poder continuar su buena obra. ¡Cuán agradecidos quedaríamos á las almas generosas que nos facilitasen pronto los medios para volver á la Misión.»

Jerusalén.—El camino de hierro que parte de la orilla del mar á Jaffa, ha prolongado sus rails hasta las puertas de Jerusalén, y está inaugurado.

La distancia que separa Jerusalén del mar, que los peregrinos y viajeros tardaban mucho en franquear por la carretera, exigirá breve tiempo: tres horas á lo más bastarán para recorrer los 87 kilómetros de vía férrea.

El ferrocarril partiendo del punto provisional de Jaffa, después de atravesar Ramleh, Lidda en la llanura, se eleva por pendientes bastante rápidas al través de las gargantas escarpadas, hasta la altura de 750 metros, altura de Jerusalén sobre el nivel del mar.

La estación de Jaffa está situada en medio de naranjales; la de Jerusalén está casi á 500 metros de los muros de la antigua ciudad, que extiende hoy su recinto con innumerables construcciones. La estación de Jerusalén está situada en la carretera de Belén, que se ha convertido en centro importante de actividad.

La inauguración de la línea dará á Jerusalén nuevas condiciones de existencia, con la llegada del carbón y de los materiales de construcción, etc., con la facilidad de los transportes de trigo de toda la región, de los productos variados de las costas del mar Muerto; el asfalto, el nafta, la sal, cuyos criaderos representan montañas.

Jerusalén, que hace diez ó quince años contaba apenas cuarenta mil habitantes, tiene hoy cerca de ochenta mil. Jaffa ha visto crecer casi en la misma proporción su población, que pasa hoy de treinta mil almas.

Las Congregaciones religiosas que desarrollan cada año su acción bienhechora, utilizarán el nuevo ferrocarril para mantener y hacer progresar sus obras.

Mesopotamia.—Nos apresuramos á publicar los primeros detalles que recibimos del terrible terremoto ocurrido en Mesopotamia. El Ilmo. Garabed Aslanian, arzobispo titular de Hierápolis, vicario patriarcal armeno-católico, nos escribe desde Constantinopla el 12 de Marzo de 1893:

«Un despacho telegráfico de nuestro Arzobispo de Malatia nos anuncia una catástrofe que acaba de desolar esta ciudad y el distrito del mismo nombre. Nuestra iglesia, la casa episcopal, las escuelas y los conventos han quedado completamente destruidos por un violento terremoto. Los fieles se acuestan sobre la nieve, y los Divinos Oficios se celebran al aire libre. El arzobispo, ilustrísimo Khorkhoruni, ha pasado treinta y cinco años de su larga carrera en construir estos edificios. El fruto de tantos sudores y fatigas se ha perdido en un momento. El venerable Prelado traza un cuadro desgarrador de la situación, y recurre á la caridad de los fieles. Suplico, pues, que la piedad de vuestros lectores auxilie á sus hermanos en Jesucristo que en Asia sufren todos los horrores de una calamidad pública.»

Marruecos.—Un verdadero acontecimiento, y por cierto grandioso, se ha verificado el 11 de Marzo en Saffi (Tánger), con la inauguración de un nuevo templo consagrado al Sacratísimo Corazón de Jesús y á María Inmaculada.

Debido al infatigable celo de los Religiosos misioneros de Marruecos, se ha levantado en poco tiempo la iglesia, cuyo arquitecto y director lo ha sido el Rdo. P. José Rodríguez, habiendo tenido que luchar con muchas y grandes dificultades que con su paciencia y perseverancia, secundados por el Rdo. P. Lerchundi, han vencido á causa de la tenaz oposición que hallaron por parte de los moros para la fábrica. El día de la inauguración y bendición del templo se repartieron limosnas á los pobres, consistentes en alimentos y ropas, acordándose por la colonia católica de Saffi enviar un telegrama de respetuosa adhesión y como homenaje de veneración á Su Santidad León XIII. Como dato estadístico importante, creemos oportuno consignar que la población católica hoy en Saffi se compone de unas 100 personas, no excediendo la protestante de 25.

Tripoli.—En la antigua regencia de Tripoli, y especialmente en el distrito de Barkah, una persistente sequía siembra la desolación y la muerte.

Durante los últimos cinco meses no ha caído una gota de lluvia en el vilayeto de Barkah. Están completamente secos los lechos de los ríos y de todas las lagunas.

Las ovejas y los animales domésticos mueren á centenares por falta de comida y de agua.

Hace unos tres meses el hambre exasperó de tal suerte al pueblo, que estallaron graves desórdenes. Estos fueron reprimidos enérgica y rápidamente por las Autoridades turcas.

La desventurada población está diezmada ahora por las enfer-

medades y el hambre, y con la resignación característica de los mahometanos se mantiene tranquila y silenciosa.

A consecuencia de haber millares de cadáveres en putrefacción, el aire se halla inficionado en toda la comarca de Barkah, y se ha desarrollado una epidemia parecida á la peste de Levante.

La mitad de los habitantes de Bengazí, la capital del vilayeto, ha perecido ya por efecto de la infección.

Entre las víctimas figuran el gobernador y el cadí.

Los dos mil europeos que residían en la ciudad y todos los vecinos acomodados han huido á la isla de Malta y á Egipto.

Con los fugitivos se ha alejado el cónsul italiano, el único representante oficial europeo que había en la población.

Han muerto á estas fechas casi todos los habitantes de Bengazí que no abandonaron aquel foco de pestilencia.

Los notables de la ciudad han acordado enviar un delegado á Constantinopla para que pida auxilios al Sultán.

VARIEDADES

USOS Y COSTUMBRES PERSAS

El Ilmo. Montety, delegado apostólico de Persia, nos envía desde Urmiah las siguientes curiosas noticias sobre las poblaciones evangelizadas por los misioneros Lazaristas. Acompañan á las notas tres fotografías que reproducimos en el presente número.

JOVEN ARMENIA EN SU CASA.

APESAR de su completa falta de educación, la mujer armenia (pág. 176) tiene cualidades que no se encuentran siempre en la de Europa.

Buena esposa y excelente madre, conserva en el hogar la pureza de costumbres. Las familias son por lo común numerosas, y el tener muchos hijos forma la alegría de los padres. La madre los ama, si bien con amor poco ilustrado, que le hace cerrar los ojos ante muchos defectos que debiera vigilar y reprimir. Encuentra su satisfacción en el amor maternal, y esto le basta. No se cuida de favorecer, por una prudente educación, los propios intereses de sus hijitos. Esta es la causa porque la educación de los niños en el hogar doméstico, á menudo deja en Persia no poco que desear.

FAMILIA ARMENIA AL REDEDOR DEL KURSIN.

Se da el nombre de *kursin* á un gran taburete de madera de tres ó cuatro pies de alto por un metro cuadrado de superficie. Debajo se coloca una vasija llena de carbones encendidos, y encima un cobertor, con colchones á los lados para sentarse ó acostarse. Concentrándose enteramente el calor bajo la colcha, éste es intenso á pesar de la poca cantidad de brasa. Colocada la familia al rededor, introducen las piernas bajo la manta, que es ancha para que á todos les cubra el cuerpo. (V. pág. 177).

En invierno permanecen allí noche y día, lo que explica porque los habitantes de aquel país son tan friolentos. El *kursin* sirve también de mesa: ponen el plato en el centro, al alcance de la mano de todos, y cada uno toma lo que puede.

JOVEN APRENDIZ SUJETO AL CASTIGO DEL FELEKEH.

El *felekeh* es un palo al que se atan las piernas del condenado á este castigo. (V. pág. 180). En seguida

tienden de espaldas al delincuente, y le aplican con varillas en la planta de los pies el número de golpes mandados por el juez ó el patrón.

Como sería más grato para el paciente que los golpes diesen en el palo (lo que sucede á menudo cuando el delincuente ha hecho un regalito), presencia el suplicio el juez que ha dado la sentencia, á menos que sea un encumbrado personaje, que entonces nombra quien le represente. El culpable, después de haber lanzado desgarradores gritos, se levanta, y no es raro que bese la mano del mismo que le mandó tratar con tanta dureza. Momentos después conversa con sus compañeros como si no hubiese pasado nada.

UN PUENTE JAPONÉS

El grabado de esta página representa con toda exactitud un puente de la ciudad de Iwakuni en el Japón,

man por efecto de esta fermentación y producen explosiones, arrojando fuego y humo. Tales son las causas generales y los efectos de los volcanes.

Hay en una montaña minerales, venas de azufre, de betún y otras materias inflamables que fermentan. El fuego las penetra y todas estas materias ardientes se ponen en movimiento y procuran abrirse paso.

Entonces se oyen ruidos subterráneos semejantes á los del trueno, crugidos interiores y silbidos espantosos; un humo denso oscurece la luz del sol; hay conmociones que estremecen la tierra hasta sus entrañas, y el mar se agita como en una tempestad. Estos presagios siniestros anuncian una erupción próxima. En breve estalla la explosión, mil veces más terrible y mortífera que la del rayo y la pólvora; la montaña ardiente se entreabre; da paso á torrentes de fuego, de betún, de azufre y metal fundido; se precipita sobre los campos, todo lo quema y lo trastorna á su paso; arroja á



EL PUENTE DE IWAKUNI.

notable por su antigüedad y rara construcción, que hace su paso muy difícil y hasta peligroso. Para un espectador que no se vea precisado á cruzar este puente, nada más divertido que ver, en día de mercado, centenares de personas acompañadas de cerdos y jumentos subiendo y bajando, y algunos dando buenos tumbos en medio de un concierto infernal de gritos, vociferaciones, rebuznos y gruñidos. Hombres, muchachos y hasta los mismos irracionales, todos protestan á su modo contra la incomodidad de ese puente, destinado á desaparecer, substituído por otro de hierro construído en las posesiones inglesas de Australia.

LOS VOLCANES

Si se pone en la tierra á cierta profundidad azufre y limaduras de hierro, manteniéndolos en constante humedad, estas materias llegan á fermentar, se infla-

grandes distancias ceniza, agua hirviendo, piedras y rocas enormes que todas las fuerzas humanas reunidas no podrían poner en movimiento: estas materias destruyen y sepultan ciudades enteras y esparcen por todas partes horrible consternación. Cada una de las regiones en que existen estos volcanes presenta numerosas señales de semejantes catástrofes. El Vesubio en una de sus muchas erupciones vomitó tantas cenizas, que llegaron hasta Egipto, Libia y Siria.

Una erupción acaecida en 1600 en Arequipa, república del Perú, cubrió de ceniza y arena calentada un espacio de cuarenta leguas superficiales: los torrentes vomitados por el Etna han llegado á formar arroyos inmensos.

En 1567 ocasionó en Sicilia la erupción de este volcán un temblor horrible: otra erupción en 1683 destruyó enteramente la ciudad de Catania en Italia, pereciendo en ella más de sesenta mil habitantes; en

Irlanda bajo los hielos y las nieves, lanza el Hecla sus fuegos á distancia tal, que no puede habitarse á seis leguas alrededor.

Así, en todos los rincones del mundo hay que temer estas peligrosas montañas. La tierra se despoja de las materias inflamadas que devora en su seno, y sin estas erupciones que dan al aire y al fuego paso libre, ¿quién sabe si llegaría á trastornarse la superficie entera del globo?

En Asia, en el Océano Indico, se encuentra el volcán del monte Albano, cerca del monte Fauro, y en las islas Molucas, en el Japón, en las Filipinas y en las Indias los hay por todas partes. En Africa, cerca del reino de Fez, se ven los mismos fenómenos: una de las islas de Cabo Verde no es más que un volcán: en las islas Canarias, el famoso pico de Tenerife continuamente arroja llamas: en América y especialmente en las montañas del Perú, de la Argentina y de Chile, como igualmente en las cordilleras, ocasionan los volcanes frecuentes temblores. Lo son particularmente en las repúblicas de la América Central. En Méjico el volcán de Colima no cesa de arrojar lava y ceniza á considerables distancias.

Muchos volcanes están situados cerca del mar y sobre altas montañas, particularmente los tres más famosos, que son el Hecla en Irlanda, el Vesubio y el Etna en Italia: éste, por ejemplo, está á doce mil pies sobre el nivel del mar, y su base tiene seis leguas de circunferencia.

Sin embargo, los volcanes suelen hacer algunas veces erupción desde el fondo del lecho del mar: se han visto salir del seno del Océano fuego, piedras, rocas, arena, ceniza y materias que han formado islas: otras veces arden estos fuegos debajo de tierra, y descubren su presencia los manantiales de agua caliente ó los betunes líquidos que el calor extiende por entre las rocas y capas de tierra.

La cumbre de los volcanes presenta en general un orificio en forma de embudo boca arriba que se llama *cráter*, y por el cual se hacen las erupciones. Este cráter ó respiradero tiene algunas veces hasta media legua de diámetro.

Cuando las rocas que rodean estos cráteres permiten que uno se acerque, ve á inmensa profundidad una fuente de azufre que hierve en ciertos parajes y que esparce, con un humo denso, un olor sulfuroso muy pronunciado.

Los caminos que conducen á la cumbre de estos cráteres están cubiertos de materias bituminosas, de piedras pómez, de lavas, de escoria y de pozolana ó ceniza de volcán, etc. En ellos se encuentran manantiales de agua caliente, y salinas sulfúreas, de olor y gusto insupportables.

Las erupciones se reproducen en épocas más menos distantes, y á veces en muchos años de intervalo: el volcán cesa de vomitar, cuando ya se ha amontonado una cantidad suficiente de materias propias para excitar nuevas erupciones.

También sucede que el volcán se extingue completamente: los anales de los viajeros nos dan á conocer que el número de los volcanes actualmente existentes, es nada en comparación de los apagados cuyos vestigios se encuentran en todos los puntos del globo.

En la Auvernia, la cadena de montañas que domina á Clermort, toda es volcánica. El volcán de la Nurgerre ha formado con sus lavas (1) masas tan enormes, que se han hecho en Volvic, punto hasta donde va á parar, canteras que dan piedras magníficas, que sirven para los enlosados de París: la montaña del Puy de Dôme es un montón de materias que anuncian los efectos terribles del fuego más violento: el Monte de Oro y casi todas las montañas de la Auvernia y del Vivarés, nos ofrecen sobre el particular nuevos objetos de observaciones y de estudios.

Desde la más remota antigüedad estaban apagados estos volcanes, y entonces, como hoy, eran sin duda objeto de las investigaciones de algunos sabios, y no ofrecen ya á la curiosidad del viajero sino lavas enfriadas por el tiempo, y cráteres que no funcionan.

El viajero que recorre la costa occidental de América, desde el cabo Hornos hasta el estrecho de Bhering, ve muy frecuentemente cimas volcánicas que se elevan en medio de las majestuosas montañas que dominan por una parte el océano Pacífico, y por la otra las madres de los grandes ríos. Entre estas cimas no se cuentan menos de ciento quince bocas, por las cuales el foco interior del globo comunica con la atmósfera. Los grandes colosos de la cordillera de los Andes, que tienen más del doble de la altura del Etna, no arrojan por lo común sino escorias, ceniza y humo; pero algunas veces la lava se derrama de sus cráteres, como acontece en el Antisana (Ecuador) (*V. la pág. 185*), volcán cuya cúspide se levanta unos seis mil metros sobre la superficie de los mares. A cuatro mil doscientos metros de altura de esta montaña se encuentra una llanura ovalada, desde la cual se alza como una isla la parte del volcán perpetuamente cubierta de nieves, y cuya cima, en forma de cúpula, está enlazada con un cono truncado situado al Norte por una crestería de colinas intermedias. Esta llanura constituyó en otro tiempo el lecho de un lago, pero en el día el agua sólo forma una pequeña laguna. Al pie de la montaña se elevan murales de piedras basálticas: muchas de estas rocas están tan escarificadas que parecen esponjas.

Por numerosos que sean los volcanes de América, afortunadamente son tan pocas las desgracias que ocasionan, que muchos son apenas conocidos. No así los de Oceanía, como lo prueba entre otras la terrible catástrofe de la isla Krakatoa ocurrida en el año 1883.

Esta isla se halla en el estrecho de la Sonda entre Java y Sumatra. Toda esta región de la parte Noroeste de Sumatra hasta las Filipinas, pasando por Java y Célebes, es esencialmente volcánica: en Java tan sólo, se cuentan cuarenta y nueve volcanes, y en la pequeña isla de Krakatoa, apenas indicada en los mapas, se hallan muchos conos de erupción. El 20 de Mayo de 1883 en la ciudad de Batavia, á 160 kilómetros de Krakatoa, se oyeron una serie de detonaciones lejanas: al propio tiempo una espesa nube de vapores se elevaba por la

(1) Las lavas son materias que el fuego de los volcanes ha derretido, y que al enfriarse forman piedras más duras que el mármol.

parte del estrecho, indicando el sitio de la erupción, que continuó durante muchas semanas, proyectando sobre la isla y el mar una masa de ceniza y piedra pómez. Sin embargo, pudo abordarse en Krakatoa á fin de Mayo y en Junio. En Agosto las manifestaciones volcánicas recobraron su intensidad. Del 23 al 26 la erupción fué formidable; se produjeron una serie de explosiones que se percibieron en la isla de Java. Los pasajeros de los buques que atravesaban entonces el estrecho de la Sonda, refieren que una espesa nube negra cubría el mar en un radio de unos 70 kilómetros; de la nube caían en abundancia piedras pómez y ceniza. Sobre la isla, masas de lava ardiente se precipitaban al mar, cuya temperatura era la de un baño caliente.

A partir de este momento no se hallan más observaciones directas; los buques que navegaban por los alrededores se ahuyentaron de prisa por temerse una tremenda catástrofe. Esta se produjo el 27 por la mañana, y fué señalada por una serie de explosiones más terribles aún que las precedentes. Al mismo tiempo olas inmensas, llegando á las costas de Batavia y Java, sumergían muchas villas y aldeas sepultando treinta ó cuarenta mil habitantes. En la pág. 181 damos una vista de este pintoresco país, uno de los más risueños y deliciosos de la India Oriental, antes de que lo desolara tan inmensa catástrofe.

En Sumatra un gran navío fué transportado hasta 2 kilómetros al interior de la tierra: en Batavia el estruendo de los detonaciones era imponente: en la punta del Noroeste de Sumatra (1,800 kilómetros), en Manila (cerca de 3,000), en Rodríguez (4,700), se notaban los ruidos lejanos, que unos los tomaban por truenos y otros por cañonazos.

¿Qué pasó en Krakatoa durante la madrugada del 27? ¿Cómo explicarse la extraordinaria fuerza de las explosiones y la violencia de las olas monstruosas que les acompañaban? Lo más probable es que después de la destrucción de los conos volcánicos principiada á fin de Mayo, las aguas del mar invadieron las chimeneas eruptivas. De su contacto con las lavas en fusión resultó la producción súbita y repetida de masas de vapor, que imprimieron á las aguas ambientes una serie de formidables empujes. M. Judd, uno de los sabios ingleses encargado de una relación sobre la erupción y sus consecuencias, admite esta explicación, pero estima que ésta no es la sola ni la principal causa del notable fenómeno que llevó el terror y la muerte á la costa de Java. Para él, la ocupación por el agua del mar de las bocas volcánicas, impidiendo momentáneamente la erupción, produjo el mismo efecto que «la inmovilización de las válvulas de seguridad de una caldera de vapor, siguiendo los fuegos en plena actividad.» Cerrada la boca, la presión no cesó de aumentar, con la explosión como consecuencia inevitable. El mismo día, 27 de Agosto, los barómetros registradores de Calcuta y Bombay indicaron una perturbación súbita de la presión atmosférica: brusca aumentación de presión, pequeñas oscilaciones consecutivas, caída notable; luego una serie de depresiones y ascensiones de unas dos horas de duración. Se notan semejantes inscripciones gráficas en los barómetros de la isla Mauricio, San Petersburgo, Berlín, París, Greenwich; y en el otro lado

del Atlántico, en Wáshington, Nueva York, la Habana y Méjico.

Estas diversas estaciones indicaban el fenómeno á horas sucesivas, y tales que pocos días después, cuando las perturbaciones atmosféricas de los días 27 y 28 hubieron sido marcadas á la vez en todos los puntos del globo, y se hubo fijado su coincidencia con la erupción del Krokatoa, no se titubeó un instante en atribuírlas al paso de una serie de grandes ondas atmosféricas cuya amplitud y persistencia estaban en razón con la extraordinaria violencia de las explosiones. Todos los detalles reunidos en breve confirmaron esta opinión. Al mismo tiempo los mareógrafos de las Indias, de Africa y de Australia, señalaban la propagación á través de la inmensidad del Océano, y el camino cada vez más débil de formidables olas marinas que habían, á su paso, causado tantas destrucciones en las islas de la Sonda.

Hechos todos los cálculos, la velocidad media de la propagación de la onda atmosférica fué de unos 1,147 kilómetros por hora, y la de la onda marina de 500 á 700 kilómetros. La primera se propagó en todas direcciones; pero la onda marina fué detenida al Norte, al Este y Sudoeste por el archipiélago de la Sonda y Australia, y fué observada especialmente en el Océano Indico hasta la costa de Africa. Algunos meses después, á fines de Noviembre, fulgores rojizos aparecían todas las tardes en las altas regiones de la atmósfera, en todos los países; se les pudo observar durante más de dos años. Fueron atribuidos á la inmensa cantidad de ceniza y polvo que la gran explosión de Krakatoa había lanzado á los aires á una altura de muchas decenas de kilómetros, que flotaban aún en suspensión, y que formaban sobre nuestras cabezas una especie de velo que no era visible durante el día, sino por una tinta blanquecina en el cielo y una corona rojiza al rededor del sol. Pero en el crepúsculo, las partes más elevadas de estos polvillos quedaban mucho tiempo como una nube, todavía iluminados por los rayos solares tangentes á través de la atmósfera, que se estaba despojando de sus rayos azules, que forman el azul en otras regiones del cielo, y sólo nos llegaban los rayos rojos carmesí que constituían en nuestros países los bellos crepúsculos admirados en aquella época.

Hace pocos meses, en 1892, la isla Sangir, situada también por aquellas regiones, entre Mindanao y Célebes, fué asimismo teatro de una erupción volcánica, que hizo desaparecer gran parte de la misma.—X.

LOS AZOTES

Después de largo y sangriento sitio ocupó Hernán Cortés la capital del Imperio de Moctezuma; pero quedó la ciudad en tan lastimoso estado, que el conquistador con su ejército tuvo que acampar durante algún tiempo en la cercana villa de Coyoacan, porque en Méjico ni lugar pudo encontrarse para el alojamiento de los soldados.

Pocos meses después los trabajos de la reedificación habían avanzado tanto, que ya el conquistador pudo trasladarse allí, y eran tan activos, que dice el P. Motolinia, en su *Historia de los indios de la Nueva España*, que «en la edificación de la gran ciudad de Mé-

jico en los primeros años, andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén; porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podría hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas.»

Y ya entonces el conquistador de Méjico no era Hernán Cortés á secas, sino que se llamaba el muy magnífico señor Hernán Cortés, gobernador y capitán general de la Nueva España; que el *don* aun no lo usaba, porque hasta algunos años después no se lo concedió el Emperador.

Por aquellos días aconteció, según refiere la tradición, que el Gobernador y Capitán general publicó un bando exigiendo la puntual asistencia de todos los vecinos á las Misas que celebraban los Padres Franciscanos, primeros Religiosos que á predicar el Cristianismo llegado habían á la Nueva España.

La morosidad de los soldados españoles para asistir al Santo Sacrificio, y la indiferencia ó poca costumbre que de ello tenían los indios, hacía que muchos llegasen á la iglesia ya pasado el Evangelio, ó cuando el sacerdote pronunciaba las últimas oraciones, causando con eso escándalo entre aquel rebaño de ovejas recién convertidas al Cristianismo.

Quejáronse á Cortés los celosos misioneros, y de aquí nació la disposición del conquistador, para que todos asistiesen puntuales á la Misa, so pena de que cualquiera que llegase después del Evangelio, recibiera de mano de los Religiosos quince ó veinte azotes, desnudo de la cintura para arriba, si era hombre, ó sobre las ropas, si era mujer.

Comenzaron á murmurar de tal disposición conquistadores y conquistados, diciendo que no se llevaría eso de los azotes á puro y debido efecto cuando la pena recayese bien en capitanes como Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Diego de Tapia, por las atenciones con que les trataba Cortés, ó en los grandes señores ó caciques de la tierra, de quienes podía temerse que, ofendidos, provocaran una nueva y más terrible insurrección.

No podía ignorar Hernán Cortés aquellas murmuraciones; pero jamás dió á comprender que las sabía, y el rumor seguía circulando y tomando creces, sin que nadie cuidase de contradecirlo.

Un día, domingo por cierto, celebrábase la Misa en el provisional templo de los Franciscanos, y ya pasado había el Evangelio, cuando Cortés, sin acompañamiento de ninguna clase, apareció á la puerta de la iglesia, atravesó la nave cruzando entre los asistentes, y fué á arrodillarse devotamente en el presbiterio.

Los fieles allí reunidos, si no lo dijeron, pensaron indudablemente que el conquistador había merecido la misma pena por él impuesta, llegando á Misa después de haberse leído el Evangelio; aunque ninguno, ni remotamente, se figuró que aquello podría tener consecuencias.

Pero con gran asombro, al terminar la Misa, vieron á dos Franciscanos acercarse á Cortés, y á éste levantarse humildemente del lugar que ocupaba, y de rodillas delante del altar, despojándose de su ropa, presentar las espaldas desnudas á los misioneros.

Ni la historia, ni la tradición han conservado el número de los azotes que recibió el conquistador; pero tal

resonancia tuvo el hecho, que todavía á principios de este siglo, en una capilla que había en Méjico, que llevaba el nombre de *los Talabarteros*, y que fué destruída por un incendio, existía un gran cuadro en el que estaba representado Cortés de rodillas, con las espaldas desnudas y la cabeza inclinada, recibiendo los azotes que le aplicaba un misionero franciscano.

Inútil es decir que la lección no pudo ser más provechosa. Si Cortés hizo aquello de acuerdo con los Franciscanos y para dar un ejemplo de humildad y de respeto á la ley, ó si realmente, sin previo acuerdo, los Franciscanos tuvieron el valor de aplicar el bando, y él la resignación de someterse, con toda seguridad no se puede decir, y en eso cada uno pensará lo que mejor le parezca.—E. G. RIVA PALACIO.

UN NINO MUERTO

Sobre las azuladas olas del Mediterráneo, bajo un sereno y despejado cielo, bogaba á toda vela impulsado por una fresca y suave brisa, un buque tripulado por fervorosos cristianos. Descubriase la alegría en los semblantes de todos; acababan de atravesar sin el menor percance el paso terrible de la Goleta.

En la africana costa reinaba extraño silencio; parecía como que Túnez estuviera dormido ó que su odio feroz contra el nombre cristiano se hubiera amansado. ¡Bendito sea Dios! ¡Lástima hubiese sido que un buque como el *Santa Cecilia* hubiese caído en poder de los fanáticos sectarios de Mahoma!...—¡Qué hubiera sido de los tesoros de caridad que llevaba el barco con destino á los fieles de Palestina!... ¡Tantos sacerdotes, tantos Religiosos, tantos hombres, tantas mujeres que iban embarcados para hacer una visita al Santo Sepulcro!

Mas ¿qué súbita agitación remueve á la tripulación? ¿Por qué el vigía fija con tanta angustia sus miradas en un misterioso punto? ¿Por qué el buque ha virado en redondo con súbita violencia? ¡Ay! que el bulto oscuro, que se divisa apenas en el azulado fondo del horizonte, crece por instantes y deja ver bien pronto unas blancas velas, sobre las que poco á poco se llega á descubrir una media luna... El terrible enemigo está cerca; sólo dista ya unos pasos.

El *Santa Cecilia* se dispone á luchar; pero la resistencia no podrá durar mucho. El barco africano que se echa encima pertenece á Abulphaga, el poderoso y opulento renegado de Túnez, terror del nombre cristiano. Su formidable artillería tiene ya destruídas innumerables embarcaciones cristianas; sus tripulantes, de un valor salvaje, tienen por divisa: «Guerra á muerte á los cristianos.»

El encuentro de los dos barcos tiene lugar.

—¡O rendirse ó morir! gritan los africanos al buque *Santa Cecilia*.

—¡La muerte antes que la infamia! responden los tripulantes del *Santa Cecilia*.

Y entonces se emprende una lucha titánica, sangrienta, heroica. La bravura de los cristianos exaspera el furor de los musulmanes; y en su frenético fanatismo degüellan á los sacerdotes y á los Religiosos, que no tenían otra culpa que la de asistir á los moribundos y bendecir á los muertos.

La tripulación sucumbe y queda fuera de combate, pero los mahometanos pagan con grandes pérdidas su infernal ataque.

Poco después, todo cuanto encerraba á su bordo el *Santa Cecilia* fué saqueado y llevado al barco africano; los pocos cristianos que han sobrevivido al combate, cargados de cadenas, son encerrados en un oscuro calabozo. Ninguno de ellos abriga la menor duda sobre la muerte que les espera. El barco infiel se hace á la vela, y vencedores y vencidos bogan rápidamente hacia la costa africana.

Rodeado de toda su gente, servido por numerosos esclavos, Abulphega, muellemente recostado en la orilla del mar, espera la vuelta de su poderoso y terrible barco. Lo divisa por fin; el buque se acerca y echa el ancla, desembarcando personas y equipajes en la costa. Los esclavos acuden presurosos á recoger los tesoros robados á los cristianos. En breve multitud de objetos preciosos, vasos sagrados y efectos de valor destinados á las Misiones, todo se amontona á los pies del renegado. Sin embargo, olvida por un momento su codicia habitual para entregarse al ciego furor que ha despertado en su negra alma la narración de la heroica resistencia que los cristianos han hecho, y las numerosas pérdidas que han sufrido sus musulmanes.

—¡Que me traigan estos prisioneros! grita con voz de trueno.

Inmediatamente son brutalmente conducidos ante su presencia un reducido número de hombres cubiertos de sangre, algunas pobres mujeres trémulas de espanto y un niño que tenía escasamente doce años.

—Este muchacho ¿quién es? preguntó Abulphega.

—Es el hijo de uno de los que más han resistido en la defensa de su barco y que ha muerto en la lucha.

—¡Miserable!... aulló el renegado.

A este grito salvaje el niño lleno de espanto, cae de rodillas, y juntando sus manos con indecible angustia:

—¡Perdón! exclamó, ¡perdón!

Había un dolor tan suplicante en la voz del niño, que el numeroso séquito de las mujeres de Abulphega, y Abulphega mismo, se sintieron conmovidos. Entonces, mudando el renegado de semblante y con un tono más dulce le dijo:

—Niño, ¿quieres que te conceda la vida?

—¡Ay, sí! ¡cuántas lágrimas ahorraréis á mi pobre madre!

—Vaya, ¿quieres aún más? ¿Quieres que te haga más rico que los poderosos de mi país?

—¡Ya lo creo! Así emplearé todos mis bienes en rescatar cautivos y en socorrer á los desgraciados.

Estas palabras obligaron á hacer un gesto al renegado.

—Pues bien; si quieres merecer mi amistad, arranca de tu cuello ese emblema supersticioso que llevas encima.

—¿Qué?... ¿esta cruz? ¡Ah! esta cruz que mi madre me puso el día que me despedí de ella; esta cruz, me dijo con cariño, te conservará sano y salvo mientras la lleves con devoción; esta cruz jamás, jamás me la quitaré.

—Niño, mira que tu vida está en mis manos.

—No, eso no; la vida pende sólo de Dios: sólo Dios dispone de ella como quiere.

—Basta de palabras inútiles: el dueño de tu suerte soy yo; ahora mismo vas á tirar esa cruz, y pisotearla en seguida... Con esta condición te perdono la vida.

—Pero ¿eso sería renegar de mi fe, renegar de Dios! Mi madre me tiene enseñado que un renegado es un criminal, maldito por Dios y por los hombres.

—¿Maldito por Dios y por los hombres? repuso con sonrisa sarcástica el impío Abulphega. Mira, yo, yo mismo he sido mucho tiempo cristiano como tú. Cuando lo era, me encontraba sumido en la pobreza y la humillación. Un día renegué de la fe de mis padres, me entregué á Mahoma, y desde entonces vivo en el placer y en la abundancia; mi nombre se ha hecho grande entre los hombres. Yo no sé si tu Dios me habrá maldecido; pero en fin, si me ha maldecido, no he sentido en nada su maldición.

—Señor, el bienestar de los malos pasa rápidamente: Dios aguanta, porque es eterno; pero día vendrá que su justicia y su indignación estallarán sobre vuestra persona, sin que nadie pueda libraros de sus terribles golpes.

Los prisioneros que rodeaban al niño, lloraban conmovidos al ver la heroica franqueza con que hablaba.

—¡Sostenedle, Dios mío, confortadle! decían en su interior.

Abulphega conoció que aquel heroísmo imprimía aliento y vigor aún en los más débiles.

Quiso acabar de una vez, pero todavía intentó un medio de intimidación.

—¿Te niegas á obedecerme? le dijo airado. Pues bien: voy á hacer morir á todos tus compañeros á tu vista. Su muerte será el castigo de tu osadía, sin que te salves tú tampoco; por última vez escoge.

—Señor, mi resolución está hecha; yo soy cristiano.

Un siniestro relámpago brilló en la torva mirada del renegado; su encrespada mano escrechó con fuerza la empuñadura de su alfanje. El arma terrible describió en el espacio un círculo con la velocidad del rayo, y vino á abatirse sobre el inocente cuello del niño; su sangre pura enrojeció la vestidura del musulmán, y su infantil cuerpo cayó exámine sobre el pavimento.

Un grito de horror salió de todos los pechos.

Seis meses después, Abulphega se retorció como una víbora sobre su lecho. Un naufragio espantoso había sepultado todos sus barcos, mientras que un voraz incendio reducía á cenizas su palacio. El furor y el despecho, producidos por esos providenciales golpes, le causaban una ardorosa fiebre, que le devoraba y le hacía prorrumpir, en medio de su delirio, en aquellas palabras del niño: *El bienestar de los malos pasa rápidamente*. La profecía se cumplió con toda exactitud: Dios abandonó á aquel desventurado; el miserable espiró blasfemando.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Juan Roure, de Bañolas. 40 ptas.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.